CUADERNOS
historia 16

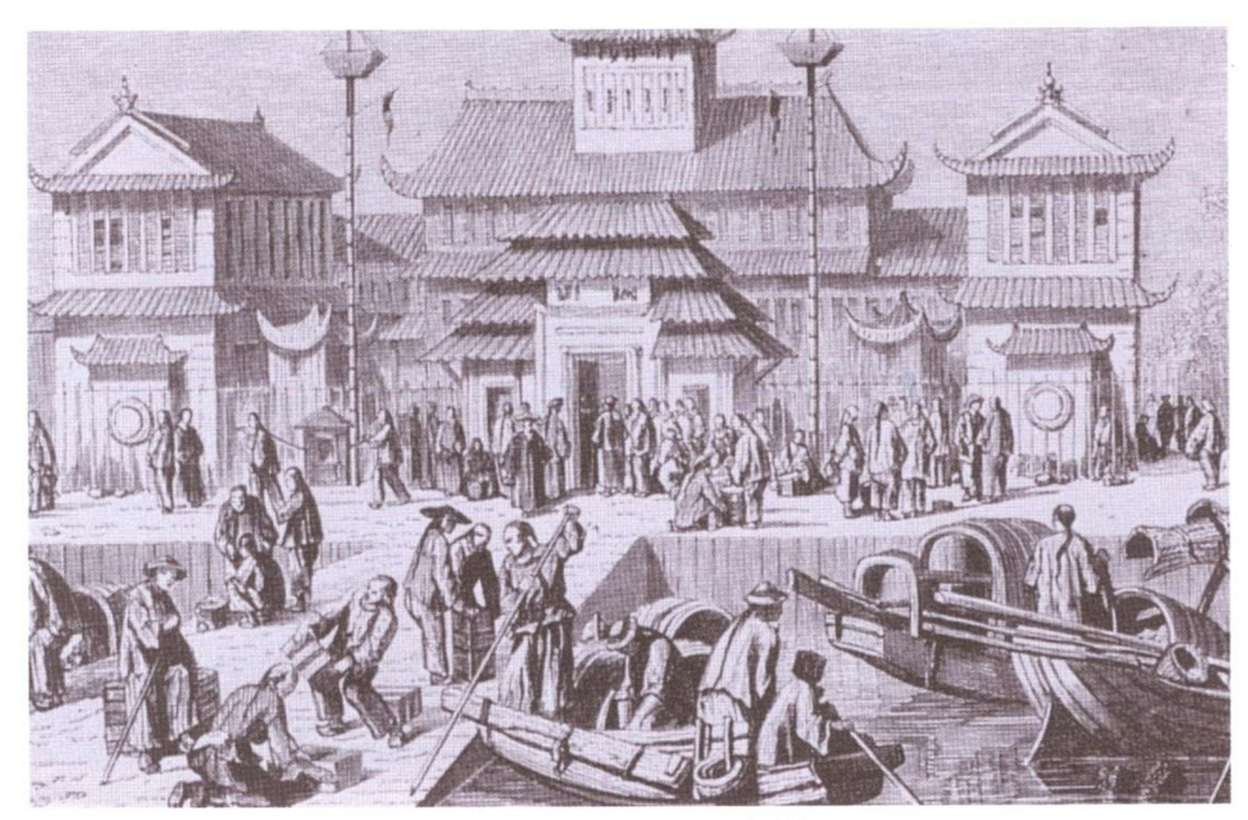
Las guerras del opio

Julio Gil Pecharromán



104

175 ptas



La aduana de Shanghai en el siglo XIX

Indice

LAS GUERRAS DEL OPIO

Por Julio Gil Pecharromán.
Profesor de Historia Contemporánea.
UNED.

China, de la prosperidad a la crisis

Julio Gil Pecharromán
Profesor de Historia Contemporánea. UNED

UNA calurosa mañana del mes de agosto de 1793, una flotilla de juncos y sampanes remontaba el curso del río Paije en dirección a Pekín. A bordo de uno de los buques viajaba lord Macartney, embajador extraordinario de Su Majestad británica ante el emperador Gaozong (*). El diplomático llevaba instrucciones de su Gobierno para suscribir un tratado comercial en las condiciones más ventajosas y abrir el país al apostolado de los misioneros de la Iglesia anglicana. Sin embargo, para los lugareños que observaban el paso de la comitiva, la misión del aristócrata escocés revestía un carácter muy distinto. Una pancarta colocada en el buque insignia anunciaba en caracteres chinos: *Tributo de los bárbaros rojos*.

Aquel equívoco, que entrañaba dos concepciones opuestas de las relaciones internacionales, iba a tardar casi medio siglo en deshacerse. La política exterior británica vivía un período de expansión imperialista en busca de colonias y mercados que le permitieran consolidar su papel de gran potencia marítima mundial. Iniciada con los mejores auspicios la conquista de la India, el jalón fundamental en la carrera por el dominio del Extremo Oriente era el Imperio Chino. A los comerciantes e industriales británicos se les ofrecía el acceso a un mercado apenas explorado por los europeos y compuesto por millones de potenciales compradores, unas reservas presumiblemente inagotables de materias primas y de mano de obra, y un rosario de puertos para controlar el comercio con el interior del continente y las rutas que unían la India con el Pacífico occidental. Era un botín demasiado tentador para que el Gobierno de Jorge III no intentara jugar con ventaja frente a sus rivales comerciales: franceses, holandeses, españoles y portugueses.

Los chinos contemplaban el asunto con una óptica muy diferente. Para ellos, su país era el *Zhongguo*, el Imperio del Centro, el núcleo en torno al cual se extendía el conjunto de las tierras habitadas por el hombre. Dentro de las fronteras imperiales reinaba un orden natural, producto de una civilización milenaria. Más allá, se sucedía la barbarie de los innumerables pueblos que no disfrutaban de las ventajas del orden celestial. Las relaciones con estos pueblos, incluyendo los *cabelleras rojas* europeos, sólo podían basarse en el reconocimiento de la superioridad de la civilización china y en la sumisión de sus príncipes al emperador reinante en Pekín.

No es extraño por ello que el anciano Gaozong, quinto emperador de la dinastía manchú de los Qing, se negara a recibir a lord Macartney en su Palacio de Verano y aceptase los regalos y la carta personal del rey Jorge en el curso de una audiencia celebrada en el interior de una tienda de campaña, a varios kilómetros de la capital.

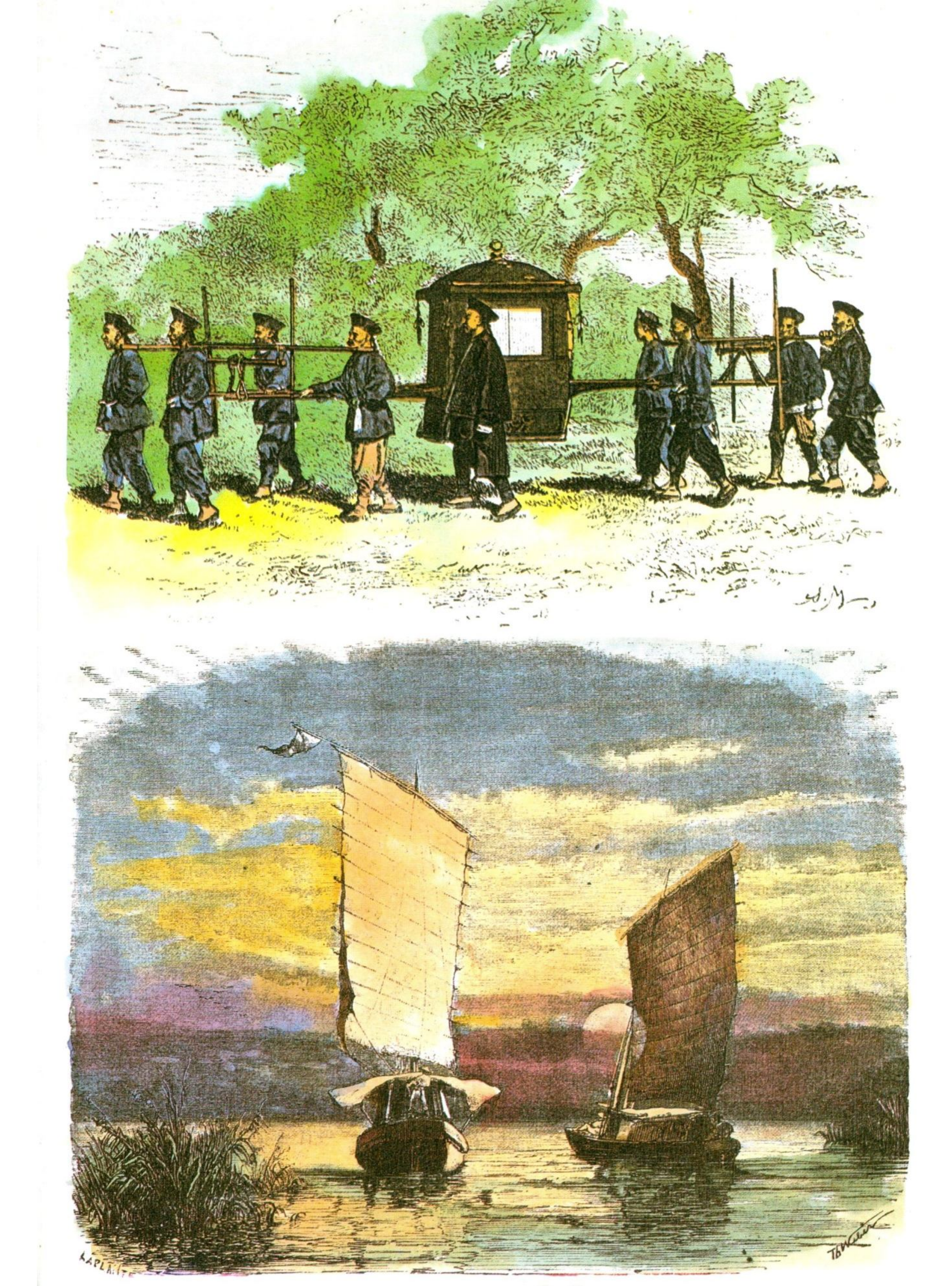
A pesar de la insólita deferencia de ahorrar al embajador la ceremonia protocolaria de la postración ante el trono, tocando el suelo con la frente —acto de sumisión que Macartney había rechazado con visible repugnancia— la entrevista fue totalmente infructuosa. Gaozong se negó a aceptar todas y cada una de las peticiones de apertura comercial y religiosa que le presentaba su interlocutor y no mostró mayor interés por los regalos que recibía. Las relaciones entre ambos estados se iniciaban con un diálogo de sordos. No pasarían muchos años antes de que comenzaran a hablar los cañones.

La China imperial

Frente a la imagen de atraso y de estancamiento que nos han transmitido las fuentes europeas de la época, el Imperio Chino, el país más extenso y poblado del mundo, se encontraba a finales del siglo XVIII en el cénit de su poderío e influencia. Desde que, en 1644, los conquistadores manchúes sen-

(*) Existen varios sistemas de transcripción de nombres chinos. En el presente trabajo se utiliza la llamada *romanización pinyin*, adoptada en 1958 y hoy en uso general en casi todo el mundo. Sólo se conservan las viejas transcripciones en algunos nombres propios consagrados (Pekín, Cantón, etcétera).

Palanquín de un alto funcionario chino del siglo XIX (arriba). *Transporte fluvial en la China del siglo pasado* (abajo)



taron a su príncipe en el trono de Pekín, las fronteras chinas no habían parado de extenderse. A los dominios originales de los soberanos Qing, en Manchuria y Mongolia interior, se sumaron a lo largo del siglo XVII las provincias de la China de los emperadores Ming. La expansión militar continuó bajo los grandes emperadores *ilustrados* de la centuria siguiente, Shengzu (1662-1722), Shizong (1723-1735) y Gaozong (1736-1795), que llevaron los límites del imperio más allá de los actuales de la República Popular China. Desde los bosques siberianos a las selvas indochinas o los desiertos del Tíbet y del Turquestán, los soberanos manchúes gobernaban sobre once millones de kilómetros cuadrados. Corea, Nepal, Birmania, Siam, Laos y Tonkín rendían vasallaje a la corte de Pekín.

Bajo el férreo y paternalista control de los manchúes, el setecientos fue una época de prosperidad para China, que se tradujo en el inicio de una imparable explosión demográfica. Los cálculos más fiables establecen que China duplicó su población a lo largo de la centuria y que la cuadruplicó entre 1680 y 1850 (ver gráfico 1).

Este vertiginoso crecimiento fue acompañado, y en parte posibilitado, por una activa política de colonización de las tierras conquistadas a etnias no chinas. En los *Nuevos Territorios* de Xinjiang, el establecimiento de miles de soldados-campesinos permitió poner en cultivo un millón y medio de hectáreas en los valles del Tarim y del Ili. En las provincias meridionales de Guangdong, Guangxi y Yunnan, oleadas de colonos procedentes del norte vinieron a reforzar a los granjeros y artesanos *hakkas,* descendientes de migraciones anteriores.

La China que contempló Macartney no desmerecía en riqueza y organización de los estados más avanzados de Europa. Se trataba, sin embargo, de un Estado que estaba agotando su capacidad de innovación y su vigor expansivo, y en el que comenzaban a aflorar las tensiones sociales. La China que medio siglo después se vería forzada a una capitulación humillante frente a los británicos, era en muchos aspectos un país atrasado, de estructuras anquilosadas y víctima de una profunda crisis que la presión europea no haría sino acentuar.

Los conquistadores manchúes, culturalmente muy inferiores a los chinos, habían respetado el modelo de Estado heredado de los Ming. Habían tenido, sin embargo, buen cuidado en no mezclarse con la población vencida, frente a la que constituía una exigua minoría. Los aristócratas y generales manchúes se habían convertido en una clase privilegiada de grandes propietarios, y muchos habían accedido a altos puestos en la Administración.

Administración del Imperio

Pese a su inicial espíritu reformista, los nuevos gobernantes no habían podido evitar caer en el espíritu complaciente y conservador que caracterizaba a la milenaria Administración china. Los emperadores Qing adoptaron el ceremonial y las atribuciones semidivinas que, como Hijos del Cielo, les otorgaba el ritual confuciano, convertido en una auténtica religión del Estado. Los principales órganos de gobierno eran la Gran Secretaría, centro de la burocracia imperial, y el Gran Consejo, creado en 1729 con carácter consultivo, y en el que se integraban los titulares de los seis ministerios que componían el Gobierno: Hacienda, Guerra, Funcionarios, Cultos y Exámenes, Obras Públicas y Justicia. De estos organismos dependían cientos de miles de funcionarios de todas categorías, incluyendo unos 40.000 mandarines, que formaban los cuadros de la burocracia central y provincial.

Los funcionarios se reclutaban a través de un complejo sistema de exámenes que versaban sobre textos confucianos y otorgaban diversos grados académicos y la condición de letrado. Sólo una pequeña parte de estos letrados —que sumaban cerca de un millón a mediados del siglo XIX— alcanzaban los altos cargos y la consideración social que se reservaba a los mandarines.

A diferencia de la Administración central, la de las distintas regiones del Imperio era bastante compleja. El núcleo del Imperio, la China propiamente dicha, estaba divido en 18 provincias, las más ricas y pobladas. Salvo Zhili, administrada directamente por el Gobierno imperial, al frente de cada una de ellas se encontraba un gobernador —a los que las fuentes europeas denominan virreyes— que ejercía todos los poderes civiles y militares, aunque bajo la vigilancia de los censores imperiales. Por debajo del nivel provincial se situaban las prefecturas, las subprefecturas y los distritos. En el resto del Imperio la administración local era ejercida por los gobernadores militares de las regio-

Gráfico 1. LA POBLACION CHINA 1625-1850

(En millones de habitantes)

Población (millones)

400
300
200
120

1620 1640 1660 1680 1700 1720 1740 1760 1780 1800 1820 1840

1625 *150 (?)*
1680 *120 (?)*
1741 *143*
1762 *200*
1794 *313*
1812 *361 (?)*
1850 *430*

Candidato a letrado realizando un examen (izquierda). *Mandarín chino* (derecha)

nes fronterizas o por los comisionados para el Tíbet, Mongolia y Xinjiang.

La pieza fundamental de este engranaje era el distrito, cuyos funcionarios mantenían un contacto permanente con la población y tenían una influencia decisiva en el desarrollo de la vida comunitaria. Su centro administrativo, el *yamen,* era a la vez residencia del mandarín, sala de justicia, estación de policía, oficina de recaudación, cárcel y granero público del distrito. Para los campesinos, el *yamen* y sus funcionarios eran la representación del poder del Estado y contra ellos se dirigían sus iras durante las revueltas populares.

Hombres de mentalidad conservadora —con pocas y notables excepciones— y apegados al modelo tradicional de sociedad que predicaba el confucionismo, los funcionarios públicos eran vitales para el funcionamiento de las instituciones y de la economía del gigantesco imperio. Pero tendían a convertirse en freno para las tentativas reformistas y sus prácticas venales, acrecentadas con la recesión económica y el contrabando del opio en la primera mitad de la pasada centuria, terminarían convirtiéndose en una fuente de protesta social y de desprestigio de la autoridad imperial.

Finanzas y ejército

El funcionamiento de la compleja maquinaria burocrática exigía unos grandes ingresos al erario público, por lo que los Qing pusieron especial cuidado en reforzar su política fiscal. La principal fuente de ingresos era la contribución territorial única, pagadera en metálico y que suponía un 60 por 100 de los beneficios fiscales. A ella se añadía el diezmo en especie de las cosechas, sobre todo del trigo, las ganancias que proporcionaba el monopolio estatal sobre la sal y el producto de las aduanas. Cuando los apuros financieros del Estado eran graves —lo que sucedía con frecuencia durante el siglo pasado—, se recurría a la venta de cargos públicos y de títulos académicos.

Este sistema fiscal, teóricamente igualitario, se prestaba a todo tipo de abusos, sobre todo por parte de los recaudadores y funcionarios locales. La Administración central logró mantener su eficacia durante el siglo XVIII, en parte gracias a un estricto sistema de control y de sanciones a los funcionarios corruptos, pero en la siguiente centu-



ria se mostró incapaz de mantener un reparto mínimamente equitativo de las cargas. Era frecuente que las autoridades locales exagerasen las dificultades económicas para justificar la ocultación de una parte de lo recaudado. En tiempos de guerra o de catástrofes naturales, los impuestos abrumaban a los pequeños propietarios, que tenían que empeñarse con los prestamistas —que a veces eran los propios recaudadores— y frecuentemente perdían sus tierras.

Las Fuerzas Armadas habían sido uno de los elementos fundamentales de la política imperial de los primeros Qing. A comienzos del siglo XIX, seguían siendo un instrumento adecuado para mantener el orden interior o para combatir a los nómadas del Asia central y a los reyezuelos indochinos, pero ya no estaban en condiciones de enfrentarse a los ejércitos y a las armadas europeos.

La base de las fuerzas imperiales eran las *Ocho Banderas,* grandes unidades de tipo división, integradas por soldados manchúes y mongoles, que recibían tierras y otros beneficios del emperador y constituían los únicos contingentes capaces de intervenir en operaciones de gran envergadura. Los reclutas chinos se incorporaban a las unidades de la *Bandera Verde,* formada por las milicias provinciales colocadas bajo el mando de los gobernadores.

Sobre el papel, se trataba de un ejército formidable, de cerca de un millón de hombres, pero su organización había quedado anticuada y resultaba poco operativo. La mayoría de sus unidades, incluyendo la famosa caballería tártara, estaban formadas por arqueros y lanceros, y la carencia de arsenales navales y de una flota moderna hacía muy vulnerables las defensas costeras. Las tropas estaban mal pagadas y recurrían con frecuencia al saqueo. La oficialidad, capaz de un gran valor y patriotismo, carecía de una instrucción adecuada para la guerra moderna, y en ocasiones sus miembros se vían afectados por la corrupción y el relajamiento que atacaban a los funcionarios civiles. Pasado el impulso conquistador, el ejército de los Qing se iba a mostrar incapaz de otra táctica que no fuera la defensa pasiva a la agresión de las potencias occidentales.

La vida económica

Para muchos historiadores, el germen del moderno capitalismo chino surgió al amparo de la paz interior y de la prosperidad económica del siglo XVIII, para ver parcialmente frustradas sus expectativas durante la crisis del ochocientos. Desde muy pronto, los gobernantes manchúes buscaron romper con la tradición confuciana, que despreciaba el trabajo manual y situaba a los comerciantes y hombres de negocios en el escalón más bajo de la sociedad china. Esta mentalidad, muy arraigada en los letrados y en las masas rurales, se combinaba con el provechoso monopolio estatal sobre sectores claves de la producción para entorpecer el desarrollo de un sector privado con capacidad para iniciar una transformación capitalista de la industria y el comercio.

Durante dos siglos, funcionarios de talante reformista intentaron acabar con estas trabas y estimular la iniciativa privada en la creación de empresas. A tal fin, se eliminaron las prestaciones de tipo feudal que afectaban a los obreros y se facilitó su contratación laboral por empresarios particulares. Se reformó parcialmente la legislación sobre sociedades económicas, y el Estado renunció a determinados monopolios o favoreció su arriendo. Gracias a ello, industrias como las de tejidos de seda y algodón, lacas, porcelanas, barnices y aceites disfrutaron de un reducido pero pujante sector privado que en ocasiones competía con las manufacturas estatales. Con el impulso a las actividades comerciales, la tendencia a la especialización regional se acentuó: salinas y minería de la plata y del cobre en Yunnan, sederías en Guangdong, metalurgia del hierro en Shanxi, fabricación de papel en Anhui, porcelanas en Jiangxi o tés en Funan y Hubei.

Aunque gran parte de las manufacturas seguían produciéndose de un modo artesanal en el seno de gremios muy cerrados, a comienzos del siglo XIX podían apreciarse en determinados sectores unas tendencias capitalistas que se traducían en una demanda de mayor libertad de empresa y de los mecanismos financieros. No obstante, la mentalidad tradicionalista y la resistencia de la burocracia estatal a la liberalización de la economía no agraria, el desprestigio social que tales actividades suponían, la debilidad del mercado interno y la concentración de las empresas más fuertes en sectores muy

Servidores de la corte transportando la silla de mano de la emperatriz (arriba, izquierda). *El emperador Gaozong (1723-1795)* (arriba, derecha). *Mandarines y soldados chinos de mediados del siglo XIX* (abajo)





concretos, orientaban la iniciativa privada hacia el comercio y la especulación financiera. Por los años en que la revolución industrial triunfaba en Inglaterra, en China no había aparecido todavía una clase empresarial con interés por la industrialización y capacidad económica y legal para acometer la necesaria modernización del aparato productivo.

Frente a la reducida importancia de la industria, el sector agrícola ocupaba a cuatro quintas partes de la población. Tras la conquista, los manchúes habían estatalizado la tierra y procedido a su redistribución parcial. El Estado se había reservado algo más del 10 por 100 y había entregado grandes lotes a los príncipes y a la nobleza manchú, así como a las *Banderas* de su ejército. La Administración estimulaba, sin demasiado éxito, el desarrollo de la pequeña propiedad y la emancipación del campesinado de muchas de las cargas de tipo feudal que lo agobiaban. En general, la tierra siguió en manos de un grupo reducido de familias y comunidades religiosas que la arrendaban a cambio de un alto porcentaje de las cosechas y de determinadas prestaciones personales. Aunque el campesino no estaba atado a la servidumbre de la gleba, sufría una permanente explotación por parte de funcionarios públicos y latifundistas.

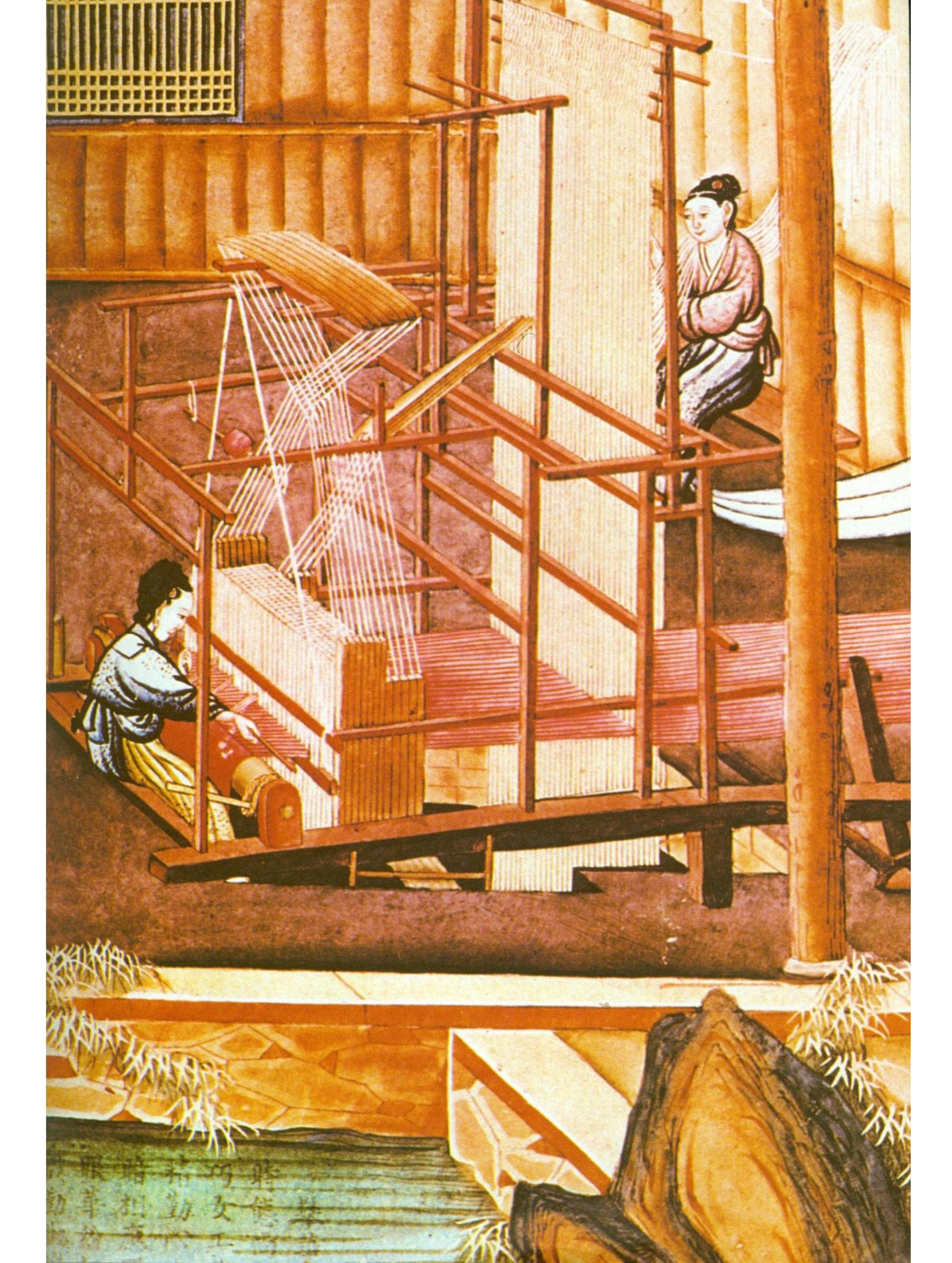
Hasta las primeras décadas del siglo pasado, la agricultura china era superior a la europea. Sus técnicas, la variedad de cultivos y su capacidad de producción le permitieron sostener durante largo tiempo el aumento continuo de la población. A los cultivos tradicionales, trigo en el norte y arroz en el sur, fundamentalmente, se habían sumado productos americanos como la batata, el cacahuete y el maíz, traídos por españoles y portugueses, que mejoraron la dieta alimentaria de la población y facilitaron nuevos rendimientos a las muy explotadas tierras de labor. Igualmente, el fortalecimiento de la actividad manufacturera estimuló el desarrollo de cultivos industriales como el algodón, el aceite vegetal, el añil o la caña de azúcar. Un sistema de impuestos moderados, que a partir de 1721 se rigió por una cuota fija, facilitaba, pese a la escasez de animales de tiro y a la carencia de innovaciones técnicas, un crecimiento continuado de la producción agrícola, que no se revelaría insuficiente hasta bien entrado el siglo XIX.

Sin embargo, también en su estable organización agraria portaba la China de los Qing el germen de su decadencia. La explosión demográfica, el predominio del minifundismo, la escasez de utillaje agrícola y la dependencia de una climatología frecuentemente adversa, condenaban a los campesinos a practicar una agricultura de subsistencia en la que apenas se producían excendentes y que sólo garantizaba el sustento de toda la población del Imperio mediante el mantenimiento de unas condiciones miserables de vida para la mayoría. En esta economía de la escasez, sólo el Estado y los grandes latifundistas y comerciantes estaban en condiciones de acumular capital. La tendencia a la concentración de la tierra en manos de una aristocracia latifundista se veía favorecida por el frecuente recurso de los campesinos pobres a los préstamos usurarios de los poderosos.

Desde finales del setecientos, las contradicciones sociales que los brillos del Imperio habían ocultado salieron a la luz impulsadas por un largo período de catástrofes naturales y de movimientos de protesta de los sectores menos favorecidos de la sociedad. Si en la década de 1790 el número de distritos afectados por las inundaciones, los terremotos y las malas cosechas había sido de 25, entre 1800 y 1810 la cifra ascendió a 55, para alcanzar los 136 en los años 1830-39. A ello se sumaba el progresivo deterioro de la situación social, como resultado del aumento de la presión fiscal sobre el campesinado, forzada por una inesperada crisis financiera del Estado, y de la presión ejercida por los terratenientes más ricos, que eran los únicos que podían actuar como prestamistas en las aldeas, sobre los pequeños propietarios y aparceros.

A finales del siglo XVIII, se hicieron evidentes los primeros signos del descontento popular. Campesinos desarraigados, los *bastones desnudos,* se lanzaron al bandidaje en las zonas de montaña. En los períodos de hambruna, los campesinos atacaban a los terratenientes y saqueaban los graneros de los *yamen* distritales. Entre 1790 y 1820, se produjeron numerosos levantamientos entre las etnias no chinas de las provincias meridionales —yaos de Guangxi, miaos de Guizhou—, los tibetanos y los musulmanes de Quinghai y Xinjiang.

Industria textil en la China del siglo pasado



Brutalmente reprimidos por las milicias provinciales y por las bandas a sueldo de los propietarios, muchos campesinos, a los que se unían en el descontento pequeños funcionarios y artesanos y comerciantes arruinados por la recesión, buscaron refugio en las fraternidades constituidas como sociedades secretas. Estas poseían una larga tradición en China como organismos de resistencia al poder imperial y basaban su éxito en el mesianismo religioso, en una ideología igualitaria, que a veces preconizaba la destrucción violenta del orden vigente, y en la protección que dispensaban a sus afiliados.

Aunque eran muy numerosas, Jean Chesneaux las agrupa en dos grandes ramas. Las del norte eran más religiosas y apelaban a un vago milenarismo que preveía el establecimiento de un reino celestial que traería a los hombres la gran paz *(taiping)* mediante una sociedad justa e igualitaria. La principal de estas sectas, la del Loto Blanco, organizó un gran levantamiento en Shanxi y Hubei entre 1795 y 1804. Otras dos, la de la Doctrina Celestial y la de los Ocho Trigramas, mantuvieron una activa lucha de guerrillas en Shandong entre 1786 y 1814. En el sur, operaban las diversas ramificaciones de la Tríada, que pretendía la expulsión de los manchúes y el restablecimiento de la dinastía nacional de los Ming.

En las cuatro primeras décadas del siglo XIX, el Imperio Chino seguía presentando una fachada imponente. Pero estaba corroído por múltiples males, algunos seculares, otros recién llegados del exterior, que ni el inicial impulso reformista de los Qing ni la pasajera prosperidad económica habían sido capaces de resolver. La corrupción de los funcionarios y las intrigas de la corte, donde ministros y eunucos luchaban por imponerse a la débil voluntad de los emperadores Jiaqing (1796-1821) y Daoguang (1821-1850), minaban la autoridad imperial y restaban eficacia a la Administración.

La pérdida de las reservas de plata, que originó una devaluación monetaria, acarreó una grave crisis financiera que terminó afectando a toda la actividad económica y endureció el régimen fiscal. El sistema de canales y obras de riego, indispensables para la agricultura en muchas regiones, se encontraba en un deterioro progresivo, igual que la red de graneros públicos, único recurso contra las hambres prolongadas. La debilidad de las estructuras capitalistas y la ausencia de iniciativas reformistas eran claros síntomas, igual que la generalización de la protesta popular, de que el Imperio Qing había iniciado una lenta pero inevitable decadencia.

China se veía así abocada a una grave crisis en el momento en que se cernían sobre ella, amenazadores, los designios imperialistas de Gran Bretaña.

La primera guerra del opio

LOS contactos entre China y las potencias marítimas europeas fueron, hasta el pasado siglo, esporádicos y, en la mayoría de los casos, cargados de mutuo recelo, cuando no francamente hostiles. Tales contactos implicaban, a veces, mermas de la soberanía china. En 1553, los portugueses obtuvieron de los funcionarios locales el *arriendo* de un enclave naval en Macao, que convirtieron en un importante centro de su tráfico comercial en Extremo Oriente. A comienzos del siglo XVII, los holandeses ocuparon la isla de Formosa (Taiwan), que no fue recuperada hasta 1661 por el general Zheng Chenggong, leal a los depuestos Ming.

La primera visita de buques británicos se produjo en 1637 y culminó en un bombardeo naval de los fuertes de Cantón, que no facilitó, precisamente, el establecimiento de relaciones amistosas entre ambos países.

Los gobernantes chinos sólo concebían los contactos con las naciones europeas desde el plano de la superioridad moral y material de su país. De ahí que rechazasen la firma de acuerdos comerciales y el establecimiento de embajadas o consulados. Al igual que en Japón, el Gobierno de Pekín hizo todo lo posible para mantener el Imperio cerrado a unas influencias que consideraban peligrosas. Sólo los misioneros católicos, especialmente los jesuitas, llegados en 1579, obtuvieron un cierto predicamento como técnicos y matemáticos. A mediados del siglo XVII existían en China unos 150.000 conversos. Pero el proceso de sinización de la liturgia, para aproximarla a la mentalidad

Calle del barrio comercial de Cantón (arriba). *Manufactura de sedas, a mediados del siglo pasado* (abajo)

de la población, fracasó ante la intransigencia de Roma. A partir de 1724, casi todos los misioneros fueron confinados en Cantón. Reprimido como una religión *perversa*, el cristianismo chino había desaparecido prácticamente a comienzos del siglo XIX.

Las relaciones comerciales, en cambio, persistieron. Los mandarines despreciaban a los comerciantes *bárbaros* y a su extraño modo de vida, pero no estaban dispuestos a renunciar a una actividad que reportaba pingües beneficios al Tesoro imperial. Desde finales del siglo XVII, los negocios con las diferentes compañías mercantiles europeas fueron canalizados a través de Cantón, único puerto chino abierto a sus buques durante algunos meses al año. En esta ciudad, el gremio local de comerciantes, el *cohong*, ostentaba el monopolio de las transacciones bajo la vigilancia de los aduaneros. Los europeos tenían asignado un barrio extramuros de la ciudad para sus residencias y almacenes.

Pese a sus limitadas dimensiones, el comercio cantonés se fue incrementando, y contribuyó al auge de las manufacturas chinas. Seda, algodón, porcelanas y, sobre todo, té, eran productos con gran demanda en Europa y en Estados Unidos. El tráfico reportaba sustanciosos beneficios al erario público, que hacía pagar las exportaciones en *carolus*, monedas de plata españolas que se acuñaban en México. El flujo argentífero a través de Cantón permitió al Estado chino mantener una considerable estabilidad monetaria durante largo tiempo.

Las importaciones chinas eran, en cambio, exiguas. El mercado interior, autosuficiente en gran medida, no generaba apenas demanda y la política de *puertas cerradas*, los altos aranceles y la prohibición de exportar plata limitaban al máximo la compra de productos occidentales. Paños de lana, algunos instrumentos ópticos y mecánicos y armas de fuego en pequeña cantidad era cuanto los chinos parecían interesados en adquirir.

El comercio del opio

Gran Bretaña era el principal socio comercial de los mercaderes *hong* chinos. Su Compañía de las Indias Orientales había iniciado los negocios en China en 1699, y sus compras no habían hecho sino crecer desde entonces. Pero no así las ventas de su factoría de Cantón. China era una salida natural para el comercio indio, que monopolizaba la Compañía. La apertura de la base de Singapur, en 1819, no hizo sino reforzar esta tendencia y aumentar la necesidad de puntos de apoyo en la costa china. Que unos *bárbaros* paganos impusieran unilateralmente sus condiciones mercantiles y restringieran el comercio en su país era algo intolerable para la mentalidad librecambista de los hombres de empresa británicos.

Comerciantes y manufactureros presionaron sobre el Gobierno y el Parlamento en favor de la imposición de una política de *puertas abiertas* en China. Desde finales del siglo XVIII, la diplomacia británica en Extremo Oriente coincidía con los intereses de los industriales y navieros implicados en el comercio con el Extremo Oriente: apertura de los puertos de Ningbo, Tientsein (Tianjin) y Dinghai y rebaja de los aranceles aduaneros. Pero sus esfuerzos se estrellaron ante la renuencia de la corte Quing. Tras el fracaso de Macartney, otra embajada, dirigida en 1816 por lord Amherst, ni siquiera fue recibida por el emperador, ante la negativa del diplomático a someterse al *koutou*, la postración ritual de las audiencias.

Mientras, los ingleses recurrían a métodos menos ortodoxos para abrir el mercado chino a sus productos. En 1808, una de sus flotas se presentó en la desembocadura del río Xijiang y bombardeó el fuerte de Jumen, próximo a Cantón. Pero esta precoz demostración de la *política de la cañonera* no amilanó al emperador, que ocho años después se dirigía aún al rey Jorge tratándole como vasallo de su Imperio.

Una tercera forma de penetración, mucho más sutil, pero también más efectiva, fue el tráfico de opio, que los británicos copiaron de los portugueses de Goa. La adormidera se cultivaba en Bengala, Malwa y otras zonas de la India, y se procesaba en Patna, Calcuta y Bombay, en factorías de la Compañía de Indias, que había adquirido el monopolio del producto en 1773.

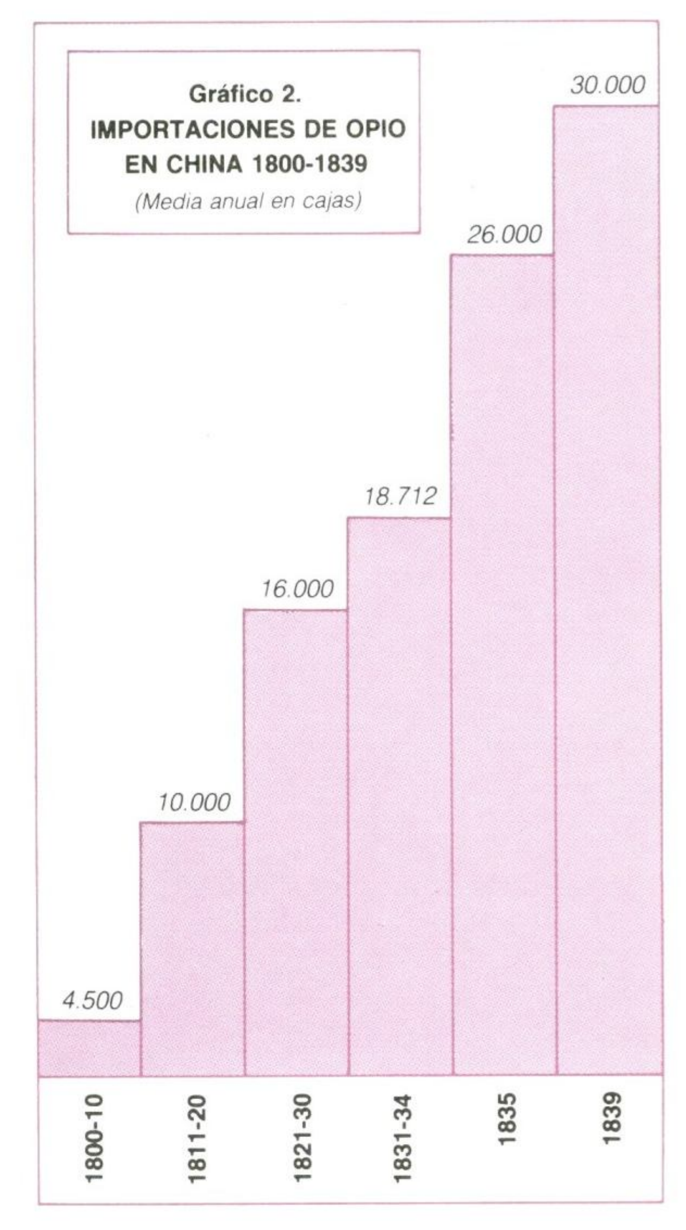
El opio era comprado por comerciantes británicos que operaban en Cantón, como William Jardine y James Matheson, quienes se encargaban de transportarlo a China. Sus socios chinos del *cohong* lo distribuían a continuación en el interior del país a través de una decena de puertos. Los contrabandistas norteamericanos, con una participación más modesta en el tráfico, no tenían acceso al opio indio, por lo que compraban el suyo en Persia y Turquía.

La droga era conocida en China desde



CHINA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX
MONGOLIA
INTERIOR
MANCHURIA
Jehol
Niuzhuang
Pekín
Tientsin
Taku
Lüda
ZHILI
PO HAI
Zhifu
Taiyuan
SHANXI
Jinan
SHANDONG
Lanzhou
GANSU
SHENXI
Río Huanghe
Canal Imperial
MAR AMARILLO
Kaifeng
Suzhou
Sian
HENAN
JIANGSU
Nankín
Zhenjiang
ANHUI
Shanghai
Dinghai
Chengdu
SICHUAN
Río Yangzijiang
Yichang
HUBEI
Wuchang
Hankou
Anqing
Hangzhou
Ningbo
Jiujiang
ZHEJIANG
Nangchang
Changsha
HUNAN
JIANGXI
GUIZHOU
Guiyang
Kunming
YUNNAN
Chenchou
FUGIAN
Fuzhou
Guilin
Yongan
Jintian
GUANGXI
Danshui
Xiamen
Taiwanfu
TAIWAN
MAR DE LA CHINA
Xhantou
GUANGDONG
Canton
Nanning
Juman
Macao
Hong Kong
TONKIN
Isla Lintín
Olongzhou
ISLA DE HAINAN
Puertos abiertos al comercio exterior:
Nankín En 1858-60
Canton En 1842
Rebeliones:
Area controlada por los taiping
Primera etapa (1851-56)
Segunda etapa (1857-64)
Expediciones de los taiping
Marcha hacia Nankín (1851-53)
Expedición al norte (1853-54)
Expedición al oeste de Shi Dakai (1856-63)
Zona de origen de los Nien
Expasión de los Nien
Sublevaciones musulmanas
Revuelta de los Miao
G. LLORENTE

antiguo por sus valores medicinales. Pero sus devastadores efectos sobre los fumadores no habían sido previstos por las autoridades, que se vieron enfrentadas bruscamente a un problema que afectaba al orden moral y económico del país. Desde 1796, el Gobierno Quing dictó sucesivos decretos prohibiendo el tráfico y consumo del opio, pero no obtuvo los resultados esperados. Los beneficios eran tales que los traficantes



extranjeros y nativos estaban dispuestos a correr todos los riesgos. En la primera mitad del siglo XIX la entrada de cajas (*) de opio se multiplicó por ocho (ver gráfico 2), favorecida por la corrupción de muchos funcionarios encargados de la represión del tráfico.

Los efectos del contrabando de la droga sobre la sociedad china fueron profundos, y contribuyeron a agravar la crisis del sistema. La adición al producto, que en principio sólo afectó a los terratenientes, comerciantes y altos funcionarios, terminó implicando a todas las capas de la población. Una estadística de 1835 habla de dos millones de fumadores. Sus efectos sobre la balanza comercial china, negativa desde 1825, fueron espectaculares. En un solo año, 1839, los comerciantes británicos sacaron plata de China por valor de un millón de taels (**) —más del doble de la renta del Estado—, lo que compensaba con creces su compra de té y artículos de lujo. En ese año, el opio representaba el 57 por 100 de las importaciones chinas. En las dos décadas que precedieron a la primera guerra del opio, el tráfico sacó del país una quinta parte de la plata en circulación, lo que provocó su revaluación y una paralela devaluación de la *sapeca* de cobre, que afectó duramente a las economías populares. Una onza de plata, que en 1779 valía 880 sapecas, costaba cerca de 3.000 en 1822. Artesanos y campesinos, que pagaban gran parte de sus impuestos en plata, vieron crecer enormemente las cargas fiscales, mientras el Gobierno se veía incapaz de evitar la salida del metal hacia Inglaterra y Estados Unidos.

El problema afectó también a la moral pública. Aduaneros y funcionarios provinciales eran sobornados en masa por los traficantes, o se integraban en las redes de contrabando. La adición mató o arruinó a muchos artesanos y mercaderes, y mermó la capacidad de numerosos funcionarios civiles y militares, cuyos salarios eran insuficientes para mantener el consumo de la droga.

El problema alcanzó tales proporciones que las autoridades manchúes decidieron expulsar de Cantón a los traficantes de opio, en 1821. Pero éstos desplazaron sus almacenes a la vecina isla de Lintín y a buques anclados en alta mar y, mediante embarcaciones ligeras y veloces —que a veces eran las propias patrulleras encargadas de reprimir sus actividades—, continuaron alimentando un floreciente comercio a través de los puertos de las provincias de Guangdong y de Fujian.

En 1834, el Parlamento británico atendió

(*) La caja era la medida utilizada en el comercio de opio. Su peso variaba entre 60 y 72 kg.

(**) El tael u onza china equivalía a unos 38 gramos, pero no circulaba como moneda, sino que se aplicaba su valor a lingotes de plata sin fundir.

las quejas de los industriales y suprimió el monopolio de la Compañía de Indias en el comercio de China, declarándolo abierto. Un noble escocés, William John Napier, fue nombrado por el Gobierno superintendente de comercio. Establecido en Cantón, lord Napier dejó muy clara su condición de agente oficial, e intentó forzar concesiones de las autoridades chinas, pero se encontró con una rotunda negativa, que ni siquiera pudo vencer en un bombardeo naval del fuerte de Jumen. Fracasada su misión, Napier se retiró a Macao, donde moriría poco después, pero antes comunicó a Londres que era una *tonta pérdida de tiempo* negociar con los chinos sin los adecuados *medios de coacción.*

El debate sobre el opio

Sus sucesores, los superintendentes Robinson y Elliot prefirieron no forzar los acontecimientos, mientras favorecían descaradamente el tráfico del opio.

Mientras tanto, en el seno de la clase dirigente china se había iniciado un acalorado debate sobre el tema. Habían surgido dos partidos. Uno defendía la prohibición absoluta y la represión del tráfico del opio. El otro se pronunciaba por su legalización, como mal menor. En junio de 1836, el ministro del Culto, Xu Naiji, remitió un memorial al emperador Daoguang pidiéndole que se autorizara la venta de la droga y su libre importación. A cambio, se prohibiría su pago en monedas de plata y se cobrarían elevados derechos de aduana. Para Xu, el consumo de opio sólo debía prohibirse a funcionarios soldados, ya que, razonaba, la mortalidad que causara entre la población se compensaría con el crecimiento demográfico.

El partido abolicionista no se dejó convencer por estos argumentos. Dos años después, otro ministro, Huang Juezi, denunció al emperador la sangría que el tráfico representaba para China, y propuso que se concediese a los fumadores un año para desintoxicarse, pasado el cual serían tratados como delincuentes. Su lógica era que si los adictos dejaban de consumir la droga, ésta desaparecería por sí sola. Pero cuando el emperador consultó con gobernadores y comisionados, encontró una oposición mayoritaria, y la propuesta fue rechazada.

Terció entonces otro abolicionista, Li Zexu, gobernador de Hubei. Hombre íntegro y confuciano convencido, poseía una visión muy clara de la situación. En un memorial al emperador, escribía: *Si las cosas se dejan como están, me temo que, dentro de algunas décadas, los soldados serán incapaces de defender China de sus enemigos, y tampoco tendremos suficientes reservas de plata para financiar al ejército.*

Esta vez, Daoguang hizo caso del aviso y, en diciembre de 1838, llamó a Li a la capital y le nombró comisario imperial, con la misión de terminar con el tráfico del opio en la provincia de Guangdong.

En Cantón, mientras tanto, el gobernador había comenzado a tomar medidas por su cuenta. El 12 de diciembre, comerciantes británicos y norteamericanos fueron agredidos por la población cuando intentaban impedir la ejecución de un mercader *hong,* nativo implicado en el tráfico de la droga. El incidente creó una ola de xenofobia que perduraba cuando Li Zexu llegó a la ciudad. El 18 de marzo de 1839, el comisionado exigió al *cohong* y a la colonia extranjera la entrega de todas las existencias de opio almacenadas en Lintin. El capitán Charles Elliot, superintendente británico, protestó por lo que consideraba una ingerencia intolerable, y dio órdenes a los buques de su nacionalidad para que se preparasen a combatir.

Lin Zexu no estaba dispuesto a tolerar burlas a la soberanía imperial. Rodeó el barrio europeo con unos soldados y prohibió toda comunicación con los barcos anclados en la bahía. Elliot tuvo que ceder. Esa primavera fueron destruidas las existencias de opio, más de 20.000 cajas, valoradas en cinco millones de libras, y se detuvo a 1.600 comerciantes chinos implicados en el tráfico.

La aparente victoria del comisionado no resolvió el contencioso. Los buques británicos abandonaron Cantón y se retiraron a Macao —de donde fueron expulsados por los chinos— y luego al fondeadero de Hong Kong. En julio de ese año se produjo un incidente entre marinos británicos y lugareños, en el que murió un chino. Lin exigió la entrega del criminal y el regreso de los buques a Cantón, a lo que Elliot se negó. Cuando el comisionado cortó la entrada de alimentos a la colonia británica, el superintendente respondió prohibiendo a sus buques someterse al control de la aduana cantonesa.

La tensión crecía por días. El 3 de no-

viembre, dos fragatas inglesas y varios juncos chinos entablaron un serio combate en Chuanbi, y en las semanas siguientes se multiplicaron los incidentes. Cuando, en enero de 1840, el Gobierno imperial decidió cerrar Cantón al comercio británico, la guerra se hizo inevitable.

La invasión

La agresión británica a China había sido meticulosamente preparada. Los contrabandistas habían acumulado pacientemente información sobre las defensas costeras y los recursos del país. Uno de ellos, Matheson, publicaba en Macao un periódico, el *Canton Register,* con el que, bajo una defensa formal del librecambismo, alentaba una intervención militar. Jardine y sus asociados eran los más activos miembros de la Asociación de las Indias Orientales y de China, un *lobby* creado en 1836 por 109 empresas interesadas en la exportación a Extremo Oriente, que ejercía una considerable influencia sobre el Foreign Office.

La noticia de la requisa y quema del opio llegó a Londres en agosto de 1839 y provocó un gran revuelo en los círculos empresariales y en el partido *wigh,* entonces en el Gobierno. Las cámaras de comercio elevaron una protesta y obtuvieron la promesa del primer ministro, lord Palmerston, de que se intervendría militarmente si no se producían reparaciones.

El cierre del puerto de Cantón sirvió como *casus belli.* En febrero de 1840, el Gobierno decidió enviar un cuerpo expedicionario a China, y nombró plenipotenciario al almirante Georges Elliot, que dos meses después llegaba a Macao al frente de 16 buques de guerra y 20 transportes. Su primo, el capitán Elliot, asumió las funciones de segundo jefe, mientras que las fuerzas terrestres, 4.000 hombres, estaban mandadas por el coronel George Burrell.

Para entonces, Li Zexu había tenido tiempo de reforzar las defensas de Cantón y de las costas de su provincia. Los británicos decidieron golpear un punto estratégico y desprotegido, y trasladaron la flota al norte, a la provincia de Zhejiang. El 2 de julio desembarcaron en la isla de Zhoushan y tomaron la ciudad de Dinghai, que convirtieron en base permanente. A mediados de agosto, varios buques de guerra se presentaron en la bahía de Tientsin, a pocas jornadas de la capital. Desde allí enviaron a Pekín una carta del Gobierno británico exigiendo la legalización del comercio del opio, el pago de una indemnización a los *hong* británicos por las mercancías destruidas y la apertura de puertos al comercio exterior.

La corte Quing se dividió. Un sector apoyaba la firmeza de Lin Zexu y se mostraba dispuesto a la resistencia. Los antiguos partidarios de la legalización del opio abogaban ahora por aceptar las condiciones de los atacantes. La progresión de la flota enemiga terminó inclinando la balanza en favor de estos últimos. Lin Zexu fue destituido y enviado al destierro en un oscuro puesto burocrático. El jefe de los apaciguadores, el noble manchú Quishan, inició las negociaciones con Elliot, al que prometió aceptar las condiciones de Palmerston si los buques regresaban al sur. A mediados de septiembre, la flota puso rumbo a Guangdong, no sin dejar una guarnición en Dinghai.

Quishan, nombrado comisionado imperial en Cantón, llegó a la ciudad el 29 de noviembre de 1840 y se puso en contacto con Charles Elliot, que había sustituido a su primo como plenipotenciario. Pero las conversaciones avanzaban con mayor lentitud de la esperada, ya que los chinos aprovechaban la tregua para reforzar las defensas de la zona. A comienzos de enero, los británicos atacaron por sorpresa y tomaron los fuertes de Chuanbi, Dajiao y Shajiao. Quishan pidió inmediatamente la paz y aceptó firmar el Tratado de Chuanbi, por el que China se comprometía a pagar una indemnización de seis millones de dólares-plata por el opio destruido, a reabrir Cantón al comercio y a permitir el establecimiento de los británicos en Hong Kong, a cambio de la retirada de Dinghai.

Semejante claudicación provocó una enorme conmoción en el país. Los chinos se encontraron enfrentados bruscamente al hecho de que unos pocos miles de los despreciados *bárbaros rojos,* considerados hasta entonces como sus vasallos, eran capaces de humillar al Imperio y de imponerle condiciones que afectaban a su soberanía. El emperador Daoguang se

Los negociadores chinos llegan al Cornwallis *para firmar la paz de Nankín, 1842*



negó a reconocer el tratado, destituyó y cargó de cadenas a Quishan y declaró la guerra a Gran Bretaña. Su sobrino Yishan fue nombrado *general represor de los rebeldes,* y puesto al mando de un ejército de 17.000 hombres.

Alertado del giro de la situación, Elliot decidió golpear de nuevo. El 25 de febrero de 1841 el cuerpo expedicionario tomó el fuerte de Jumen y, a comienzos de marzo, tras vencer una enconada resistencia, llegaba a los arrabales de Cantón. Luego, Elliot aceptó la tregua que le ofrecía el nuevo comisionado, Yang Fang, a cambio de reabrir el puerto al comercio británico.

La llegada del ejército de Yishan cambió las cosas. El 21 de mayo, los chinos desencadenaron un ataque nocturno contra la flota, que resultó un fracaso. Los británicos respondieron con un salvaje cañoneo de Cantón, seguido por un ataque frontal. Incapaces de resistir, los generales manchúes tuvieron que reconocer el Tratado de Chuanbi, con una indemnización adicional por los gastos acumulados.

En Londres, sin embargo, estaban descontentos con los resultados. Tanto para los ministros *wighs* como para los comerciantes, Elliot actuaba con excesiva blandura frente a los chinos. Palmerston se decidió a relevarle. En agosto llegó a Macao el nuevo plenipotenciario, sir Henry Pottinger, un decidido partidario de la intervención a gran escala. Exigió nuevas y mayores compensaciones y, antes de que la respuesta llegase de Pekín, ordenó a los nuevos jefes militares, lord Auckland y el almirante William Parker, el reinicio de las hostilidades. A finales de agosto, los británicos saquearon el puerto de Xiamen (Amoy) y luego avanzaron costeando hacia el norte. Dinghai, Zhenhai y Ningbo cayeron en su poder en octubre. Las rutas fluviales de la China central estaban abiertas a los invasores.

El emperador encargó a otro de los príncipes Quing, Yijing, la expulsión del enemigo de Zhejiang. Pero tanto el general como sus oficiales evidenciaban defectos del sistema militar manchú. Su marcha hacia el campo de batalla fue lentísima y se interrumpió para descansar durante un mes entero en Suzhou. Al llegar a su destino, Yijing se negó a movilizar la milicia local y desautorizó la formación de guerrillas campesinas. Finalmente, el 10 de marzo de 1842, dividió a sus fuerzas en tres columnas y ordenó un ataque simultáneo contra las ciudades ocupadas por los invasores. Enfrentados a la artillería y a los fusiles europeos sin más armas que lanzas y machetes, los chinos fueron masacrados y se retiraron en desorden.

Asustado, el Gobierno imperial decidió ofrecer una capitulación en toda regla. Pero Pottinger consideraba que su posición no era aún suficientemente fuerte y rechazó las conversaciones. Tras recibir refuerzos, hizo avanzar al cuerpo expedicionario por el Yangzijiang. El 16 de julio, los británicos ocuparon las ciudades de Wuson y Shanghai sin encontrar apenas resistencia, lo que no libró a sus habitantes del habitual saqueo. El 15 de julio, la flota alcanzó Zhenjiang, ciudad que sólo resistió seis días. El 6 de agosto concluyó aquel paseo militar ante los muros de Nankín.

Pottinger estaba ya donde quería. Además, las enfermedades y la desorganizada resistencia de los nativos estaban mermando los efectivos de los expedicionarios. Exigió entonces el envío de un plenipotenciario imperial. En Pekín fue designado un noble manchú, Quijing, que llegó a Nankín al frente de una delegación de atemorizados cortesanos. Una visita al buque insignia convenció a los negociadores chinos de que toda resistencia era inútil. El 29 de agosto, a bordo del *Cornwallis,* Quijing y Pottinger firmaban el Tratado de Nankín, que ponía fin a la guerra.

Las puertas abiertas

El tratado, que fue ampliado con otro más detallado, firmado un año más tarde, entregaba prácticamente a China atada de pies y manos a sus vencedores, e iba a ser el inicio de uno de los períodos más desgraciados en la moderna historia del país.

En sus cláusulas más importantes, los acuerdos eran los siguientes:

a) China entregaba en *arriendo* el territorio de Hong Kong a los ingleses, que lo habían ocupado un año antes.

b) Pekín pagaría una indemnización al Gobierno británico de seis millones de dólares, más otros doce por gastos de guerra, y tres millones que debía a algunos comerciantes ingleses.

c) El Gobierno chino abriría los puertos de Cantón, Xiamen, Fuzhou, Ningbo y Shanghai al comercio exterior. El *cohong* desaparecía, sustituido por la práctica del

libre comercio. Los negociantes británicos y sus familiares podrían residir permanentemente en los cinco puertos y adquirir propiedades en ellos. Más adelante, Londres aprovecharía esta cláusula para establecer barrios de *concesiones,* fuera de la jurisdicción china.

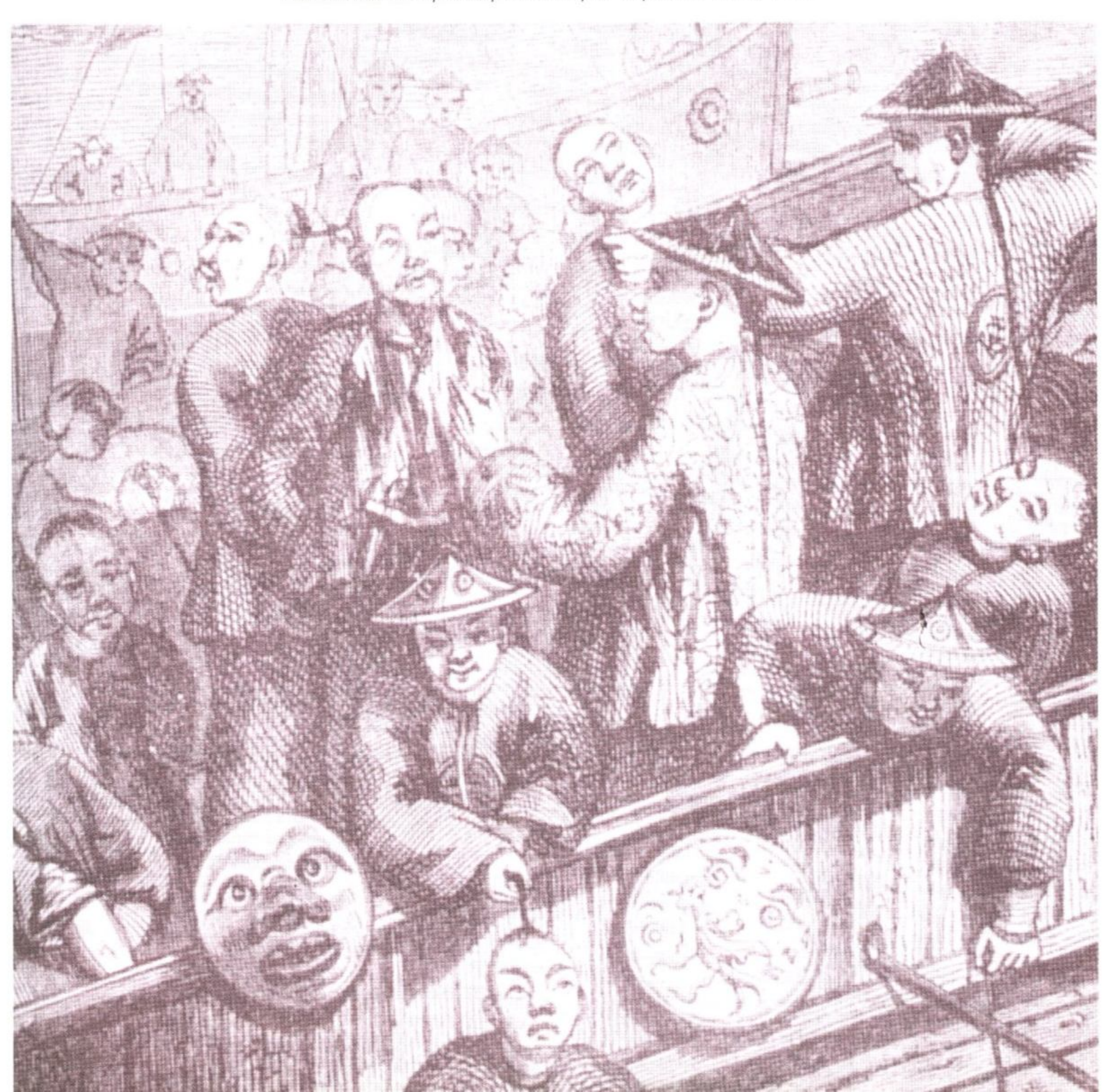
d) Se rebajaban las tarifas aduaneras entre un 60 y un 70 por 100, hasta dejarlas reducidas a un simbólico 5 por 100 sobre el valor de las mercancías. Cualquier cambio en esta tarifa —que abría el mercado chino a una auténtica invasión de las manufacturas británicas— debería ser negociada por ambos gobiernos.

e) Se otorgaba a Gran Bretaña la cláusula de nación más favorecida en cuantos privilegios o garantías otorgasen las autoridades chinas a los ciudadanos o instituciones de otros países.

f) Se establecía inmunidad jurídica para los súbditos británicos, que no podrían ser juzgados por magistrados chinos, sino por el cónsul de su país.

La fácil victoria lograda por el imperialismo británico atrajo los apetitos de otras potencias con intereses en la zona. Franceses y norteamericanos se apresuraron a exigir su parte en el botín, amenazando con una nueva intervención armada para defender los intereses de sus comerciantes y misioneros. En 1844, el gobierno Quing tuvo que suscribir con Francia el Tratado de Huangpu, y con Estados Unidos el de Wangxia, que les convertían en beneficiarios de la guerra del opio y abrían la serie de *tratados desiguales,* que en las siguientes décadas convertirían a China en una práctica semicolonia de las grandes potencias.

Traficantes de opio capturados por la policía hacia 1850



El Reino Celestial Taiping

LA primera guerra del opio tuvo graves repercusiones en el interior de China. La crisis latente, cuyas primeras manifestaciones ya hemos visto, se vio profundamente agravada en las décadas centrales del siglo. El sistema fiscal, cada vez más injusto y gravoso, hacía infrahumanas las condiciones de vida de la población. A la continua sangría de plata provocada por las importaciones de opio y por el pago de las indemnizaciones a los británicos, que continuaba causando la depreciación de la moneda, se unía la rapacidad de los funcionarios, que establecían sobretasas u ocultaban parte de lo recaudado.

La falta de agilidad de la burocracia, puesta de manifiesto en el asunto del opio, ocasionó un paulatino abandono de las obras de riego, un complejo sistema de canales y diques que era la base de la agricultura en muchas regiones. Ello condujo a desastrosos períodos de sequía, seguidos de inundaciones catastróficas. En 1852, por ejemplo, el Huanghe rompió sus diques y, tras asolar los campos de Jiangsu y de Shandong, regularizó su cauce 800 kilómetros más al norte. Mientras, en otras regiones, la gente comía raíces y moría a miles, a causa de las hambrunas provocadas por la sequía.

La apertura de los cinco puertos al comercio occidental representó un serio golpe para la economía. Sectores con futuro, como el textil o la metalurgia, se vieron arruinados por la competencia de las manufacturas británicas y norteamericanas, con las que los comerciantes extranjeros llegaron a practicar *dumping* para conquistar el mercado interior. Muchos comerciantes del *cohong* cantonés, perdida su función de intermediarios, experimentaban dificultades para adaptarse a los nuevos tiempos. La incipiente burguesía de mercaderes e industriales terminó convirtiéndose en agente de los intereses exteriores, con lo que China perdió la oportunidad de modernizar sus estructuras económicas y sociales, y acentuó su carácter de semi-colonia.

Igualmente graves fueron las repercusiones políticas. La humillación frente a los *bárbaros* mermó el prestigio de los manchúes, y puso al descubierto las debilidades del aparato estatal. El Ejército, acostumbrado a dos siglos de campañas victoriosas, entró en una etapa de abierta desmoralización, que hizo infructuosos los intentos de reforma y facilitó el estallido de grandes rebeliones en todo el país.

La guerra había provocado, además, un renacer de los sentimientos nacionalistas de las masas, que los Qinq temían que derivase en un movimiento antimanchú. Ejemplos como el del pueblo de Sanyuanli, cuyos habitantes habían derrotado a un batallón de cipayos dedicados al saqueo, fueron relativamente frecuentes en las provincias costeras, donde los terratenientes armaron milicias irregulares para enfrentarse con el invasor. La concurrencia de estas iniciativas populares, que se continuaron a través de la creación de centros rurales de adiestramiento cívivo y militar, los *she xue,* y de la incapacidad de la burocracia estatal para encauzarlas, unida a los efectos de las catástrofes naturales y a la crisis económica, brindan claves fundamentales para comprender los vigorosos brotes de protesta social, surgidos entre 1845 y 1865 en las regiones más diversas del Imperio.

Los taiping

Poco después de la firma del Tratado de Nankín, surgió un profeta en la provincia meridional de Guangxi. Se llama Hong Xiuguan, procedía de una familia de campesinos *hakka* de la vecina Guangdong y era maestro de escuela. En su juventud había visto frustrarse sus aspiraciones de promoción social al suspender varias veces los exámenes de letrado confuciano. Asiduo de los misioneros protestantes de Cantón, creyó encontrar en la Biblia una revelación divina que le empujaba a establecer en la tierra el reino de la Gran Paz (taiping) y la igualdad entre los hombres.

Hong procedía de un medio rural deprimido y era consciente de la degradación de la sociedad china y de la corrupción del poder imperial. Comenzó a predicar entre sus allegados una religión sincrética, en la que se mezclaban elementos cristianos mal asimila-

Vistas de dos puertos chinos a mediados del siglo XIX: Hong Kong (arriba) *y Cantón* (abajo)

Hongkong

dos —monoteismo, decálogo, misión redentora que le había sido encomendada como hermano menor de Cristo— con otros procedentes de la tradición religiosa china y con la mística igualitaria de las sociedades secretas. Sus primeros discípulos fueron su primo, Hong Rengan, y otro maestro, Feng Yunshan. Luego se les unieron el carbonero Yang Xiuqing, el leñador Xiao Chaogui, un soldado de fortuna, Shi Dakai, y un rico terrateniente, Wei Changhui.

Con ellos fundó, en 1843, la Sociedad del Culto a Dios *(Pai Shang Ti Jui)*. El profeta y sus discípulos marcharon a las regiones montañosas de Guangxi, donde realizaron un intenso proselitismo entre los lugareños. Sus contactos con la Tríada les proporcionaron un vital apoyo y durante algún tiempo los *adoradores de Dios* taiping trabajarían en favor de la restauración de los Ming. Las ideas de Hong, contenidas en *Doctrinas sobre la salvación del mundo* y otros textos, fueron tomando un abierto contenido social en el que se mezclaba su admiración por el primitivo comunismo cristiano, y por el colectivismo agrario de las revueltas campesinas chinas.

En enero de 1851, el líder de los *adoradores de Dios* proclamó en la aldea de Jintian el Reino Celestial Taiping, anunció el comienzo de la guerra santa contra los Qing, y organizó militarmente a sus seguidores. Un representante de los Ming, Hong Daquan, fue proclamado rey de la Virtud Celestial.

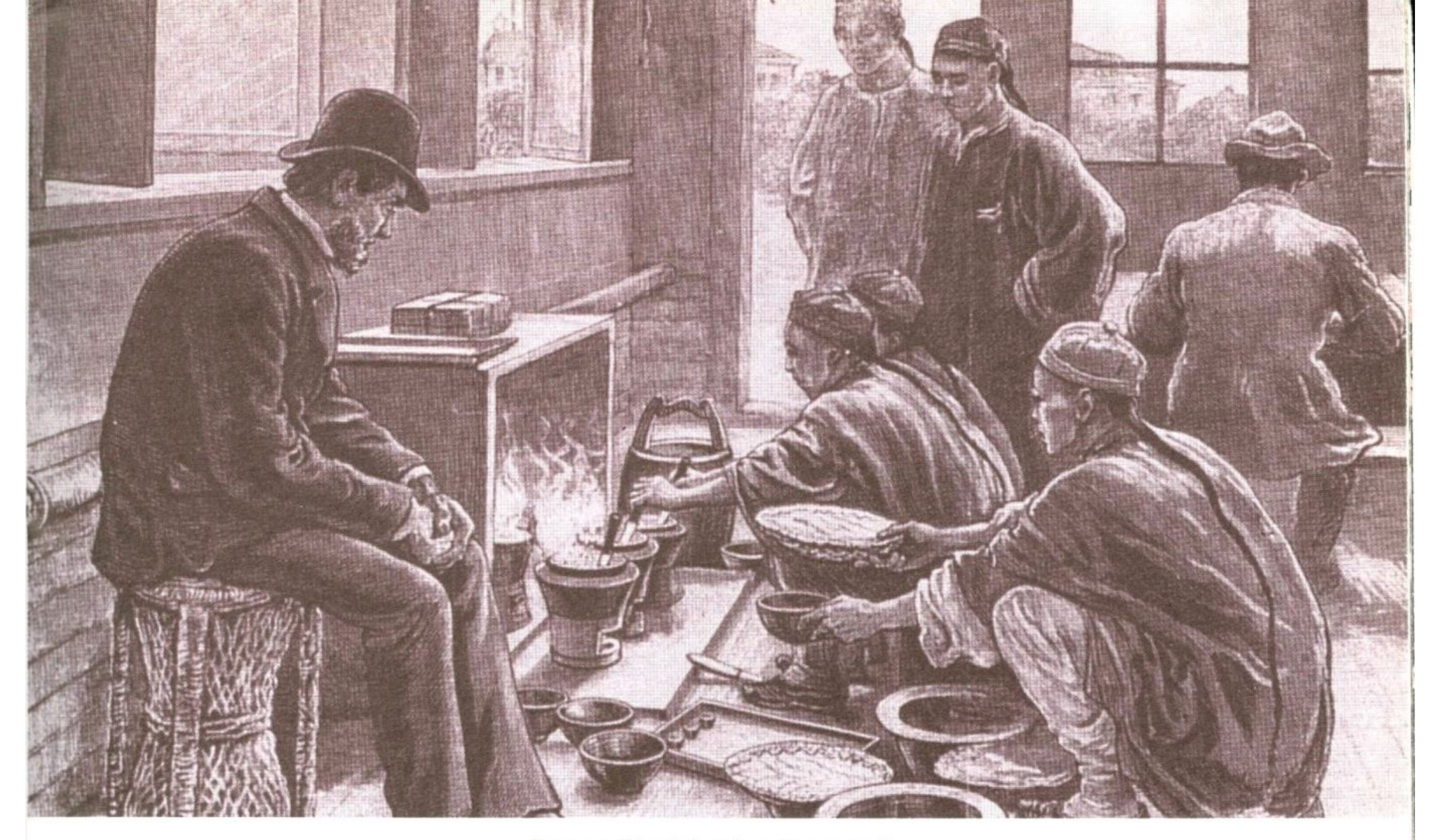
Durante su marcha por Guangxi, el ejército taiping se vio engrosado por un flujo continuo de campesinos *hakka,* carboneros, bandidos, soldados desertores y miembros de las minorías miao y yao. Lo que en principio era una masa desorganizada, se fue convirtiendo, bajo la dirección de Shi Dakai, en un ejército adiestrado y lleno de fanatismo religioso. En septiembre, los taiping tomaron Yongan, su primera ciudad fortificada. Allí, Hong, que había roto con los Ming y con la Tríada autoproclamándose rey celestial, procedió a sentar las bases de su Estado. Sus más directos discípulos fueron nombrados reyes *(wang)* y pasaron a ocupar los más altos cargos de la Administración y del Ejército.

En abril de 1852, los rebeldes rompieron el cerco de las milicias provinciales y continuaron avanzando hacia el norte. Tras cruzar Hunan, penetraron en Hubei y alcanzaron el valle del Yangzijiang. En enero de 1853, cayó en su poder Wuchang. En marzo, los taiping entraron en Nankín, que fue rebautizada como Tianjing y convertida en Capital Celeste. Para entonces, Hong Xiuquan disponía de un ejército de medio millón de combatientes, que habían sido capaces de vencer a cuantas unidades de la Bandera Verde se les habían enfrentado.

El rápido crecimiento y el éxito de los taiping les distinguen con facilidad de los cultos esotéricos y de las sociedades secretas de su época. Se trataba de un fenómeno social de gran contenido revolucionario, tanto en sus métodos como en sus objetivos. Subyacía en él un carácter de revuelta campesina alimentada por el concurso de una masas rurales explotadas y empobrecidas. Los combatientes taiping dirigían sus ataques contra los terratenientes y los odiados funcionarios del *yamen.* La legislación del Reino Celestial buscaba establecer una sociedad agraria de tipo comunista, en la que *toda la tierra bajo el cielo debe ser cultivada por todos los hombres bajo el cielo,* es decir, que la tierra fuera repartida entre todos los hombres y mujeres —los taiping predicaban la igualdad entre los sexos— en idéntica proporción y calidad. Para los taiping, la propiedad cumplía una función básicamente social, de ahí que estableciesen un sistema de distribución equitativo de los productos y del trabajo comunal, bajo la supervisión de una burocracia religioso-política.

Aunque este riguroso comunismo era sumamente utópico y sólo se pudo aplicar parcialmente, el Estado taiping funcionó bastante bien durante una década. En casi todo el territorio bajo su control, la desaparición de las autoridades manchúes y de los grandes propietarios favoreció una mejora de la población rural, que vio disminuir la presión fiscal y las exacciones de funcionarios y terratenientes. Mientras duró el fervor religioso y el impulso revolucionario, los taiping fueron capaces de mantener un orden interior que no reinaba en otros lugares de China. Incluso alentaron el desarrollo del comercio con las bases europeas de la costa, donde los mercaderes occidentales, favorables a todo lo que restase fuerzas al Imperio, acogieron el movimiento con simpatía.

A lo largo de su breve historia, el Reino Celestial se vio obligado a mantenerse en permanente estado de guerra. Se lo exigía, en primer lugar, su naturaleza religioso-social y su programa de abolición del Estado manchú. Le forzaba a ello el acoso de los ejércitos qing y de las milicias particulares levantadas en las comarcas fronterizas por



Preparación del opio para su venta

los terratenientes amenazados. Durante años, los taiping mantuvieron una iniciativa victoriosa contra las desmoralizadas tropas de la Bandera Verde. Pero cuando los manchúes emplearon sus unidades de élite y las pusieron al mando de un general muy capacitado, Zeng Guofan, se vieron obligados a pasar a la defensiva.

En mayo de 1853, los taiping enviaron una expedición de 20.000 hombres contra Pekín. La columna atravesó el Huanghe, pero fracasó en el sitio de Kaifeng. Un invierno precoz les sorprendió en octubre cerca de Tientsin. Allí fueron derrotados por la caballería mongola de los Qing. Acosados durante dos años por toda la China del norte, los expedicionarios taiping acabaron siendo exterminados por los imperiales.

Frustrados sus planes de conquistar Pekín, Shi Dakai concentró sus esfuerzos en controlar las comarcas del centro de China. Apoyadas por una flota fluvial de un millar de buques, las tropas taiping ocuparon grandes zonas de Hubei, Hunan, Jiangxi y Anhui entre 1853 y 1856. Pero la capacidad de resistencia de los ejércitos qing era cada vez mayor, y a partir de 1857 estuvieron en condiciones de pasar al ataque.

Un año antes, había estallado una crisis interna en el Reino Celestial. En Nankín habían surgido dos fracciones que se disputaban el favor de Hong Xiuquan. Uno de sus primeros discípulos, Wei Changhui, representante del sector de cortesanos que pretendía consolidar un sistema de dominación feudal, logró el apoyo del soberano para eliminar a su principal rival, el purista Yang Xiuqing. Pero Hong desconfiaba de cualquiera de sus seguidores que acumulara demasiado poder e hizo asesinar a continuación a Wei y obligó a exiliarse al caudillo militar del movimiento, Shi Dakai, que abandonó el territorio taiping con más de 100.000 soldados y se mantuvo hasta 1863 combatiendo por su cuenta a los manchúes.

Estos sucesos fueron el prólogo de una época de desastres. En la corte cobraba fuerza un partido integrado por comerciantes y funcionarios que rechazaban el rigor moral y el igualitarismo originado de los taiping. La clase dirigente, enriquecida por el botín de guerra y por el comercio, mostraba claros síntomas de relajamiento. El prestigio del Reino Celestial entre las masas campesinas disminuía.

A ello se unió la ofensiva general de los imperiales, meticulosamente planeada por Zeng Guofan, que en dos años expulsó a los rebeldes de grandes zonas de Hubei, Hunan y Anhui y llegó a sitiar Nankín. Sólo el desarrollo de la segunda guerra del opio (1856-60) y el crecimiento de los restantes focos de rebelión evitaron el colapso final de los taiping, que a finales de los años cincuenta todavía experimentaron una pasaje-



Arqueros chinos de la época de las guerras del opio

ra recuperación. En 1859, el rey Celestial nombró primer ministro a su primo Hong Rengan y puso al frente del ejército a un joven general, Li Xiucheng, que consiguió romper el bloqueo de Nankín y, tras derrotar a los manchúes en Sanhezhen (Anhui), ocupó la mayor parte de las provincias de Jiangsu y Zhejiang. Con ello, los taiping obtuvieron el control de una de las zonas más ricas de China y vieron facilitada su comunicación con los enclaves mercantiles occidentales de Shanghai y Ningbo.

Fue sólo un respiro, frustrado por las divisiones internas y el cambio de la situación exterior. Hong Rengan se ganó la enemistad de la corte con sus proyectos modernizadores, que incluían una aproximación a los oc-

cidentales, y fue depuesto. Li Xiucheng fue capturado en combate. Acuciados por los problemas militares, los taiping no pudieron extender a los nuevos territorios conquistados sus medidas revolucionarias y se vieron obligados a apoyarse en los latifundistas y mandarines para cobrar impuestos y movilizar nuevos contingentes de tropas. En una zona de densa población urbana, el mensaje agrarista de los *adoradores de Dios* no encontraba tanto eco como en las comarcas rurales de la China interior.

El final de la segunda guerra del opio representó el principio del fin para los taiping. Los Qing estuvieron entonces en condiciones de destinar las mejores unidades de su ejército a combatir a los rebeldes. Las potencias occidentales, que acababan de doblegar al Gobierno manchú, acudieron ahora en su ayuda. Un norteamericano, F. T. Ward, creó un destacamento de fusileros mercenarios al servicio de los terratenientes y oficiales franceses y británicos, como Charles G. Gordon, que luego se haría famoso en Sudán, se sumaron a las fuerzas imperiales.

En 1863, Zeng Guofan desencadenó la ofensiva final. Lentamente, los taiping se fueron replegando, hasta que el grueso de sus fuerzas quedó cercado en su capital. En junio de 1864, Hong Xiuquan murió en Nankin y la ciudad sólo resistió el asedio un mes más. Los restos del ejército taiping se mantuvieron durante algún tiempo en el campo, dedicados a la guerrilla y al bandidaje, pero sus actividades ya no inquietaban al Gobierno manchú, que había restaurado su autoridad sobre la China central.

Un centenar de sublevaciones

Entre las dos guerras del opio, se produjeron cerca de un centenar de levantamientos en el Imperio, de muy distinta magnitud, aunque ninguno alcanzó las dimensiones del de los taiping. Algunos poseían un fuerte componente de protesta social; otros añadían motivaciones religiosas, y buena parte de ellos, los que afectaban a minorías étnicas o confesionales, eran abiertamente separatistas. Aunque se trataba de fenómenos aislados, contribuyeron a dispersar los esfuerzos militares de la monarquía Qing y estuvieron a punto de destruirla durante la segunda mitad de los años cincuenta.

La más importante de estas rebeliones fue la de los nien, que se extendió entre 1853 y 1868 por las provincias norteñas de Zhili, Shandong, Henan, Anhui y Jiangsu. Organización clandestina, emparentada con la secta del Loto Blanco, los nien eran campesinos y contrabandistas de sal de una de las zonas más pobres de China. Su modo de actuar era clásico de la *jacquerie* china: asalto a los *yamen,* asesinato de latifundistas y funcionarios, saqueo de caravanas comerciales, etcétera. Radicados en aldeas fortificadas y dotados de una eficaz caballería, los nien colaboraron esporádicamente con los taiping y controlaron, durante largos años, las rutas terrestres entre Pekín y la China central. Tras la caída de Nakín, Zeng Guofan dirigió sus tropas contra ellos y, en una serie de campañas de exterminio, logró reducirlos al delta del Huanghe y obligarlos a capitular.

Otras sublevaciones que se mantuvieron largo tiempo, fueron las de los pueblos musulmanes. En Yunnan, el letrado Du Wenxiu fundó un sultanato en Dali, que se mantuvo independiente entre 1853 y 1873. En Shenxi y Gansu se levantaron los musulmanes hui (1862-73) y en la cuenta del Tarim, en Xinjiang, el príncipe turcómano Yakub-beg fundó, en 1862, un estado musulmán independiente, que sólo pudo ser reducido en 1878 por el general Zuo Zongtang, vencedor de los hui.

A estas grandes sublevaciones se sumaron numerosos levantamientos menores, provocados, casi siempre, por el descontento popular ante la incapacidad de las autoridades. Los miao de Guizhou se mantuvieron en armas entre 1854 y 1873; las sociedades secretas integradas en la Tríada provocaron graves desórdenes en Shanghai, Xiamen y Cantón, etcétera.

Aunque se trataba de movimientos aislados y con programas muy concretos, la virulencia y la extensión territorial de las sublevaciones, que causaron inmensos destrozos y decenas de millones de muertes, pusieron al Estado Qing al borde del colapso y le restaron capacidad de reacción frente a las presiones de las potencias imperialistas. Pero la carga de protesta social y de rebeldía contra el orden establecido, de que hacían gala los rebeldes, sería captada por algunos sectores especialmente sensibles de la Administración y contribuiría a impulsar el movimiento de modernización que, a partir de 1860, intentó reformar las estructuras obsoletas del milenario Imperio del Centro.

La segunda guerra del opio

LOS resultados de los primeros tratados *desiguales* no satisfacieron a los círculos empresariales europeos y norteamericanos interesados en el comercio con China. Era innegable el aumento de las importaciones y los avances en la conquista del mercado interior. El tráfico de opio crecía de un modo vertiginoso: las 37.000 cajas de 1840 eran 70.000 diez años después, y en esa década salieron de China casi 400 millones de dólares-plata en pago de la droga. Los comerciantes occidentales ponían ahora sus condiciones a los manufactureros chinos, que terminaron subordinando su producción a los intereses de sus clientes extranjeros. En Shanghai, británicos, franceses y norteamericanos se atribuyeron *concesiones,* a las que dotaron de extraterritorialidad, pese a las protestas chinas, y en 1849 los portugueses expulsaron a los funcionarios imperiales de Macao y asumieron el control absoluto de la plaza.

Sin embargo, Jardine y sus colegas seguían exigiendo más. El tráfico del opio era aún ilegal, lo que hacía depender su éxito de la venalidad de los funcionarios locales. Los industriales británicos, acuciados por la crisis económica de la segunda mitad de los años cincuenta, presionaban a su Gobierno para que facilitase una mayor penetración de sus productos en el restringido mercado chino.

En Cantón, que seguía siendo el principal puerto importador, el gobernador, Ye Mingzhen, seguía prohibiendo la presencia de comerciantes europeos en la ciudad. Un intento de los británicos por fozar su apertura en 1846 fue frustrado por la reacción de las milicias locales. Mayores problemas planteaban, sin embargo, la negativa del Gobierno imperial a negociar directamente con las potencias signatarias de los acuerdos de 1842-44. Siempre se delegaba en funcionarios locales, o comisionados, el trato con los *bárbaros.*

En Pekín se habían producido cambios políticos de importancia. En 1850, subió al trono el emperador Xianfeng, que odiaba a los europeos y los consideraba causantes de los males que azotaban el país. El partido conciliador, muy afectado por la guerra del opio, fue sustituido en el gobierno por el sector intransigente, que dirigían el príncipe manchú Sushun y el mandarín Qi Juncao. Cuando, en 1854, los británicos solicitaron una revisión del Tratado de Nankín, para aumentar sus beneficios comerciales y los derechos de sus súbditos en China, recibieron una negativa. Dos años después eran los franceses y los norteamericanos quienes presionaban a la corte Quing, con los mismos resultados.

Capitulación china

Fieles al sistema que tan buenos resultados les había dado, los mercaderes occidentales esperaron un *incidente* para desencadenar la amenaza militar. Este se produjo en octubre de 1856, cuando el buque contrabandista *Arrow* fue detenido cerca de Cantón por una patrullera china. Trece de sus tripulantes fueron apresados, y el comandante de la patrullera rasgó el pabellón británico que ondeaba en el barco. El cónsul inglés en Cantón exigió una rectificación oficial y la puesta en libertad de los detenidos, a lo que accedió el gobernador. Pero cuando pidió un castigo para el oficial chino, Ye Mingzhen se negó y volvió a arrestar a los contrabandistas.

Pocos días después, los buques de guerra estacionados en Hong Kong se presentaron en Cantón y, tras bombardear la ciudad, desembarcaron un contingente de 5.000 hombres. Ye dio instrucciones para que no se les opusiera resistencia, pero la población reaccionó enérgicamente y se enfrentó a los invasores. En el tumulto, fueron incendiados varios almacenes de ciudadanos británicos y franceses. Londres y París tenían ya un motivo para intervenir.

A finales de 1857, una flota franco-británica llegó a Hong Kong. Con ella iban los plenipotenciarios de ambos países, lord Elgin y el barón Jean Baptiste Gros, que tenían la misión de forzar una revisión de los tratados. Tras bombardear Cantón durante veinte horas, el cuerpo expedicionario desembarcó. La guarnición y la milicia resistieron dos días, pero luego tuvieron que rendirse.

Cumplida su primera etapa, la flota aliada puso rumbo al norte. En mayo de 1858, se apoderaron del fuerte de Taku, en la desembocadura del río Paije. El Gobierno imperial,



Las tropas francesas y británicas asaltan la ciudad de Tientsin durante la segunda guerra del opio, 1860

que tenía al grueso de su ejército combatiendo a los taiping y a los restantes focos rebeldes, consideró perdida la capital. El emperador envió una delegación para negociar la retirada de los invasores, pero Elgin y Gros se negaron a ello, y los expedicionarios avanzaron hacia Tientsin.

En Pekín cundió el pánico. El emperador inició una súbita gira de inspección en Jehol, al norte, y dejó instrucciones para una nueva negociación. En Tientsin, los delegados manchúes tuvieron que negociar cuatro acuerdos separados: con el británico Elgin, con el francés Gros y con los cónsules ruso y norteamericano en Cantón, Putiatin y Reed, que habían acudido como *mediadores*.

Los Tratados de Tientsin, firmados en junio de 1858, abrían las puertas de China a las cuatro potencias. Se abrieron al comercio exterior otros diez puertos. El Gobierno chino garantizaba el libre tránsito de extranjeros por todo el país, con fines comerciales, religiosos y turísticos. Autorizaba la apertura de legaciones diplomáticas en Pekín. Se permitiría la libre navegación de buques entre los 15 puertos abiertos a los ex-

tranjeros, y los chinos pagarían una elevada indemnización de guerra a Francia y Gran Bretaña.

Como estas ganancias no les parecían suficientes, los aliados exigieron, en noviembre, la apertura de nuevas negociaciones en Shanghai. Esta vez lograron lo que querían. Por el nuevo acuerdo se legalizaba el comercio del opio y se colocaban las aduanas portuarias bajo la doble administración de chinos y occidentales. La soberanía china se había convertido en una auténtica sombra.

La retirada del cuerpo expedicionario devolvió cierta confianza al partido intransigente, que recuperó su posición dominante en Pekín. Durante casi dos años, Xianfeng se negó a ratificar los acuerdos de Tientsin, mientras se fortificaban los accesos a la capital y se intensificaba la guerra contra los taiping. Nuevamente, la reacción de las potencias fue brutal. En junio de 1860, Francia y Gran Bretaña declararon formalmente la guerra a China. Los buques de ambos países hicieron acto de presencia en las costas del norte de China. Tras tomar Tientsin, los invasores avanzaron sobre Pekín, de donde había huido la corte. El saqueo de la capital fue salvaje y avergonzó a los europeos más cultos. El palacio imperial fue pasto de las llamas, con sus innumerables tesoros.

El emperador se rindió a la evidencia. Sus ejércitos eran siempre incapaces de resistir a la disciplina y al moderno armamento del enemigo. Los taiping habían emprendido una nueva etapa de victorias y las sublevaciones se extendían por todo el Imperio. Delegó entonces en su hermano, el príncipe Gong, la negociación de una nueva paz.

Los dos tratados de Pekín, firmados con franceses y británicos, suponían la inmediata entrada en vigor de las disposiciones aceptadas en 1858, y añadían cláusulas adicionales. La indemnización exigida por gastos de guerra se multiplicó por cuatro. Tientsin fue añadido a la lista de puertos abiertos al comercio exterior y se autorizó a los comerciantes de los dos países para reclutar trabajadores chinos *(culíes),* que eran empleados en condiciones de semiesclavitud en las colonias. Los ingleses obtuvieron, además, la cesión de la península de Kowloon, frente a la base de Hong Kong.

Con esto no terminaron las consecuencias de la segunda guerra del opio. En 1861, los rusos pasaron a China la factura por su *mediación* diplomática. Los territorios situados al norte del Amur, unos 400.000 kilómetros cuadrados, que pertenecían a China desde el siglo XVII, fueron incorporados al Imperio de los zares.

El final de la guerra no puso fin al calvario de China. En lo que quedaba de siglo, los cuatro socios comerciales, a los que se unieron Japón y varios países europeos, saquearon el país a conciencia. Los emperadores Quing, cada vez más débiles, cada vez más conscientes de su debilidad, fueron obligados a firmar otros *tratados desiguales,* a otorgar más territorios en arriendo, a admitir un reparto virtual de su Imperio en zonas de influencia de las grandes potencias. La plata siguió saliendo de China, así como oleadas de *culíes,* a los que la arruinada economía del país no podía mantener.

El opio continuó siendo un floreciente negocio, y cimentó sólidas fortunas. Hombres como Jardine, Matheson y Elliot pasaron a los anales como agentes de la civilización y forjadores de imperios. Pero esta es ya otra historia. Cuando el último emperador manchú, Puyi, fue depuesto en 1912, China hacía mucho tiempo que había dejado de ser el Imperio del Centro.

Bibliografía

Jack Beeching, *La guerra del opio,* Barcelona, Plaza & Janés, 1976; Chang Hsin-pao, *Commissioner Li and the Opium War,* Cambridge (Mass.) Harvard Univ. Press, 1964; J. Chesneaux, *Asia Oriental en los siglos XIX y XX,* Barcelona, Labor, 1969; ibídem, *Movimientos campesinos en China (1840-1949),* Madrid, Siglo XXI, 1978; J. Chesneaux y M. Bastid, *China. De las guerras del opio a la guerra franco-china,* Barcelona, Vicens Vives, 1972; J. K. Fairbank, *Trade and Diplomacy on the China Coast: The Opening of the Teatry Ports, 1842-1854,* Cambridge (Mass.) Harvard Univ. Press, 1964; P. W. Fay, *The Opium War, 1840-1842,* New York, Norton, 1976; Herbert Franke y Rolf Trauzettel, *El Imperio Chino,* Madrid, Siglo XXI, 1973; D. Gillard, *The Struggle for Asia, 1828-1914,* London, Methuen, 1977; Emily Hahn, *China, ayer. 1850-1950: Un siglo de transformación,* Barcelona, Plaza & Janés, 1962; W. J. Hail, *Tsen Kuo-fan and the Taiping Rebellion,* New York, Paragon Books, 1964; M. Loewe, *La China imperial,* Madrid, Rev. de Occidente, 1969, D. H. Perkins, *Agricultural Development in China, 1368-1968,* Chicago, Aldline, 1969; N. Pirovano-Wang, *L'Asie Orientale de 1840 à nous jours,* París, Nathan, 1970; Ten Ssu-yü y J. K. Fairbank, *China's Reponse to the West, 1839-1923,* New York, Atheneum, 1963; Tsui Chi, *Historia de China y de su civilización milenaria,* Barcelona, Surco, 1962; VV. AA., *La Guerra del Opio* y *El Movimiento del Reino Celestial Taiping,* Beijing, Instituto de Lenguas Extranjeras, 1979-80.

Los franceses asaltan el fuerte de Pei-Ho, agosto de 1860 (arriba). *La puerta de Tien-men, en Pekín, uno de los puntos por donde penetraron las tropas europeas durante la segunda guerra del opio* (abajo)

CUADERNOS
historia 16

101: El mito de El Dorado. • 102: El Califato de Córdoba. • 103: Las legiones romanas. • 104: Las guerras del opio. • 105: Los monasterios medievales. • 106: Las Olimpiadas. • 107: Las multinacionales en América Latina. • 108: La Inquisición en España. • 109: Las nuevas fronteras. • 110: La España de Santa Teresa de Jesús. • 111: Vida cotidiana en Roma (1). • 112: Vida cotidiana en Roma (2). • 113: Mapa étnico de América. • 114: De Indochina a Vietnam. • 115: Los caballeros medievales. • 116: Los viajes de Colón. • 117: El trabajo en el Egipto antiguo. • 118: La España de Espartero. • 119: La Inglaterra victoriana. • 120: Pestes y catástrofes medievales. • 121: Los afrancesados. • 122: España en el Pacífico. • 123: Comercio y esclavitud. • 124: De Lenin a Stalin. • 125: La Reforma en Inglaterra. • 126: El sufragio universal. • 127: Mitos y ritos del mundo clásico. • 128: Los campesinos medievales. • 129: Vida cotidiana en el Siglo de Oro (1). • 130: Vida cotidiana en el Siglo de Oro (2). • 131: Los movimientos ecologistas. • 132: La Semana Trágica. • 133: Sudáfrica. • 134: La pena de muerte. • 135: La explotación agrícola en América. • 136: Templos y sacerdotes en Egipto. • 137: La primera revolución agrícola del XVIII. • 138: La esclavitud en el mundo antiguo. • 139: Descubrimientos y descubridores. • 140: Las Cruzadas. • 141: Pericles y su época. • 142: Antiguos comerciantes del Mediterráneo. • 143: Conquista y colonización de Valencia. • 144: La ciencia en la España musulmana. • 145: Metternich y su época. • 146: El sistema latifundista en Roma. • 147: Los Incas. • 148: El conde duque de Olivares. • 149: Napoleón Bonaparte (1). • 150: Napoleón Bonaparte (2). • 151: El cristianismo en Roma. • 152: Sevilla y el comercio de Indias. • 153: Las reducciones jesuíticas en América. • 154: Carlomagno (1). • 155: Carlomagno (2). • 156: Filipinas. • 157: El anarquismo. • 158: Conflictos sociales en la Edad Media. • 159: La trata de negros. • 160: Felipe V y Cataluña. • 161: El imperio turco. • 162: La visión de los vencidos en América. • 163: El sufragio y movimientos feministas. • 164: La I República española. • 165: Africa. Explotadores y explotados. • 166: Puertos comerciales en la Edad Media. • 167: Calvino y Lutero. • 168: La Institución Libre de Enseñanza. • 169: Adiós a la esclavitud. • 170: Cantonalismo y federalismo. • 171: La Toledo de Alfonso X. • 172: La «hueste» indiana. • 173: El movimiento obrero. • 174: Los pronunciamientos. • 175: El nacimiento de las Universidades. • 176: Nasser y el panarabismo. • 177: La religión azteca. • 178: La Revolución Francesa (1). • 179: La Revolución Francesa (2). • 180: La Revolución Francesa (3). • 181: Líbano, el conflicto inacabable. • 182: Los campesinos del siglo XVI. • 183: La Armada Invencible. • 184: La revolución de 1848. • 185: José Bonaparte. • 186: La ruta comercial del Camino de Santiago. • 187: Australia. • 188: El caciquismo en España. • 189: La colonización romana en Andalucía. • 190: Pedro I el Cruel. • 191: El Egipto de Ramsés II. • 192: La emigración a las Indias. • 193: La vida cotidiana en la Edad Media. • 194: Luchas sociales en la antigua Roma. • 195: El canal de Panamá. • 196: Las Universidades renacentistas. • 197: España y la Primera Guerra Mundial. • 198: Los bárbaros en el Imperio Romano. • 199: La España de Carlos III. • 200: Los palestinos.

historia 16

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.
IMPRIME: TEMI.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-095-3. Tomo XI
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Las guerras del opio

Textos

CUADERNOS historia 16

Carta del emperador Gaozong al rey Jorge III de Inglaterra (1793)

SI, como afirmáis, vuestro respeto hacia Nuestra Celestial Dinastía hace nacer en vos el deseo de adquirir nuestra civilización..., nuestros ritos y nuestras costumbres no se asemejan en nada a las vuestras, y aunque vuestro enviado *(lord Macartney)* fuera lo bastante competente como para adquirir algunos rudimentos de nuestras costumbres, no creo que pudiera trasplantarlas a vuestras bárbaras tierras... Los objetos extraños y costosos no me interesan. Según vuestro embajador ha podido apreciar con sus ojos, nosotros lo poseemos todo. No atribuyo ningún valor a los objetos extraños e ingeniosos, y no encuentro aplicación alguna a los productos manufacturados procedentes de vuestro país. Esta es mi respuesta a vuestro requerimiento para el nombramiento de un representante cerca de nuestra Corte, requerimiento que, por otra parte, es contrario a nuestras costumbres dinásticas y del que no podrán resultar, para vos, más que inconvenientes. *(«Annals and Memoirs of the Peking Court», citado por Tsui Chi en «Historia de China».)*

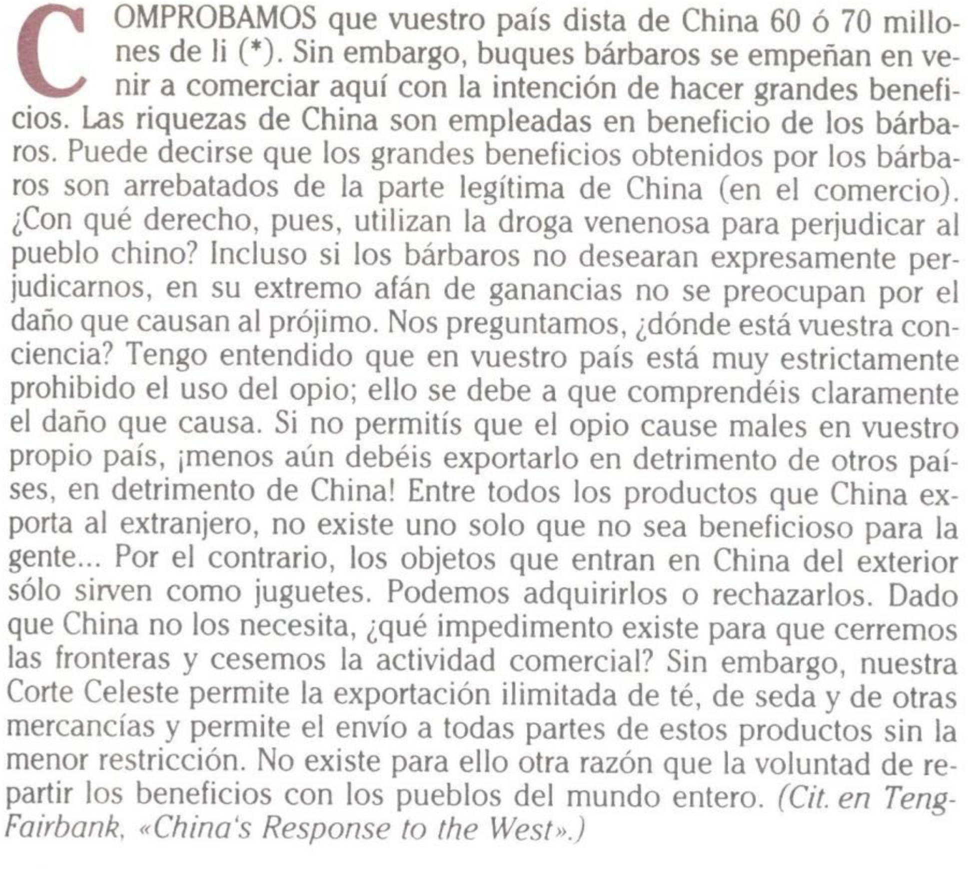
Carta del emperador Jiaqing a Jorge III de Inglaterra (1816)

ESTE año, oh rey, has enviado nuevamente mensajeros portadores de una petición y les has entregado objetos procedentes de tu país, con el fin de que me fueran ofrecidos como presentes (...). El día establecido para contemplarme en audiencia, cuando tus enviados habían llegado ya a las puertas de palacio y yo iba a ocupar mi lugar en la sala del trono, tu primer enviado *(lord Amherst)* declaró que una enfermedad repentina le impedía moverse o andar. Pensé que era muy posible que un súbito mal aquejara al primer enviado y ordené que sólo entraran en mi presencia los segundos invitados. Sin embargo, también declararon que se sentían enfermos. La descortesía, fue, pues, inconcebible... Sin embargo, teniendo en cuenta que tú, rey, me habías dirigido esta petición y que..., la culpa era de ellos, comprendí que tú, rey, tenías un corazón respetuoso y buena voluntad. Asimismo, recibí y acepté los objetos que me enviaste como tributo, mapas geográficos, cuadros, paisajes y retratos. Yo alabo tu corazón sincero, lo cual equivale a decir que lo acepto todo. Además te hago donación a ti, oh rey, de un *Ru yi* o cetro de felicidad, de jade blanco, de un collar de corte de jade verde, de dos pares de saquillos grandes y ocho pequeños, en testimonio de afecto y de bondad. Por lo demás, estás a una distancia demasiado grande de China y la expedición de enviados que realizan por mar tan largo viaje resulta muy difícil. Además, tus enviados no pueden estar al corriente de las formas rituales chinas, lo cual da lugar a una serie de discusiones que se repiten y de las cuales prefiero no enterarme.

La Corte Celeste no asigna el valor de preciosos a los objetos llegados de lejos, y todas las cosas curiosas e ingeniosas de tu reino tampoco pueden ser consideradas como algo de gran valor. Tú, procura mantener la concordia entre tu pueblo, vela por la seguridad de tu territorio, sin flaquear en las cuestiones próximas o lejanas. He aquí, en verdad, lo que yo alabaría.

En lo sucesivo ya no será necesario arriesgar a unos enviados para venir tan lejos... Basta sólo con que sepas mostrar el fondo de tu corazón y aplicarte a la buena voluntad, y entonces podrá decirse, sin que sea necesario que envíes cada año representantes a mi corte, que estás en la senda de la transformación civilizadora. Y para que la obedezcas durante mucho tiempo, te dirijo esta Orden Imperial. *(Cit. en J. Chesneaux y M. Bastid, «China, de las guerras del opio a la guerra franco-china».)*

Carta del comisionado Lin Zexu a la reina Victoria (1839)



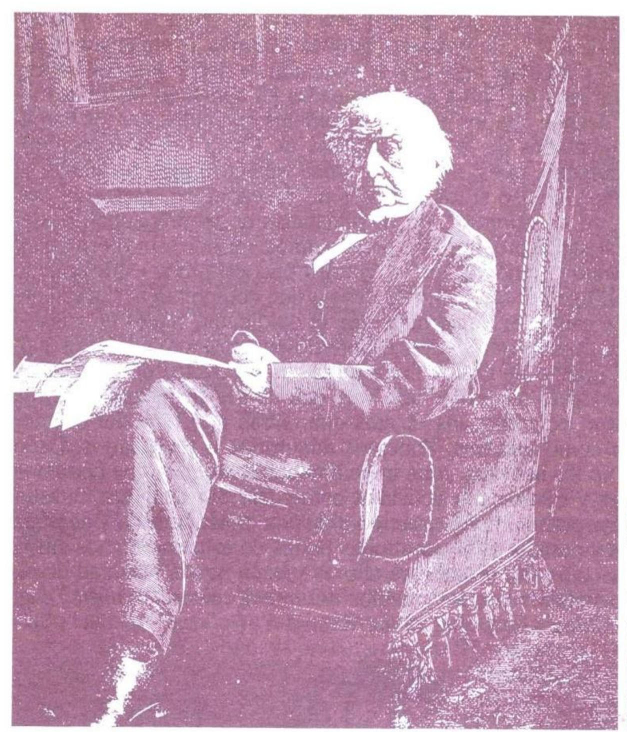
COMPROBAMOS que vuestro país dista de China 60 ó 70 millones de li (*). Sin embargo, buques bárbaros se empeñan en venir a comerciar aquí con la intención de hacer grandes beneficios. Las riquezas de China son empleadas en beneficio de los bárbaros. Puede decirse que los grandes beneficios obtenidos por los bárbaros son arrebatados de la parte legítima de China (en el comercio). ¿Con qué derecho, pues, utilizan la droga venenosa para perjudicar al pueblo chino? Incluso si los bárbaros no desearan expresamente perjudicarnos, en su extremo afán de ganancias no se preocupan por el daño que causan al prójimo. Nos preguntamos, ¿dónde está vuestra conciencia? Tengo entendido que en vuestro país está muy estrictamente prohibido el uso del opio; ello se debe a que comprendéis claramente el daño que causa. Si no permitís que el opio cause males en vuestro propio país, ¡menos aún debéis exportarlo en detrimento de otros países, en detrimento de China! Entre todos los productos que China exporta al extranjero, no existe uno solo que no sea beneficioso para la gente... Por el contrario, los objetos que entran en China del exterior sólo sirven como juguetes. Podemos adquirirlos o rechazarlos. Dado que China no los necesita, ¿qué impedimento existe para que cerremos las fronteras y cesemos la actividad comercial? Sin embargo, nuestra Corte Celeste permite la exportación ilimitada de té, de seda y de otras mercancías y permite el envío a todas partes de estos productos sin la menor restricción. No existe para ello otra razón que la voluntad de repartir los beneficios con los pueblos del mundo entero. *(Cit. en Teng-Fairbank, «China's Response to the West».)*

(*) Medida china de longitud equivalente a 0,576 kilómetros.



La reina Victoria pasa revista a los granaderos de la guardia

William Gladstone



Vista del puerto de Shanghai a mediados del siglo XIX



Ley Taiping sobre la tierra (1853)

LA distribución de la tierra se hará según el tamaño de la familia, sin consideración de sexos y teniendo únicamente en cuenta el número de personas; cuanto mayor sea dicho número, más tierras recibirán, y viceversa. Las tierras a repartir se dividen en nueve categorías. En una familia de seis personas, tres recibirán tierra buena y tres recibirán tierra mala: es decir, la mitad buena y la mitad mala. Todas las tierras que se hallan bajo el cielo serán cultivadas conjuntamente por los hombres bajo el cielo. Si la producción es insuficiente en un lugar, dirigíos a otros en el que sea más abundante. Toda la tierra que se halla bajo el cielo debe ser accesible tanto en tiempo de abundancia como de penuria. Si hubiera miseria en una zona, llevad allí los excedentes de otra zona donde reine la abundancia, con el fin de alimentar a los hambrientos. De este modo, los hombres que se hallan bajo el cielo gozarán todos de la gran felicidad concedida por el Padre Celeste, Señor Supremo y Dios Augusto. La tierra se repartirá entre todos, el arroz será consumido por todos, los vestidos serán llevados por todos, el dinero será gastado por todos. No habrá desigualdad y nadie quedará sin alimentos ni protección contra el frío.

Tanto si es hombre como mujer, cada individuo de más de dieciséis años recibirá tierra. Y si queda tierra, las personas de quince años o menos recibirán la mitad de una parte...

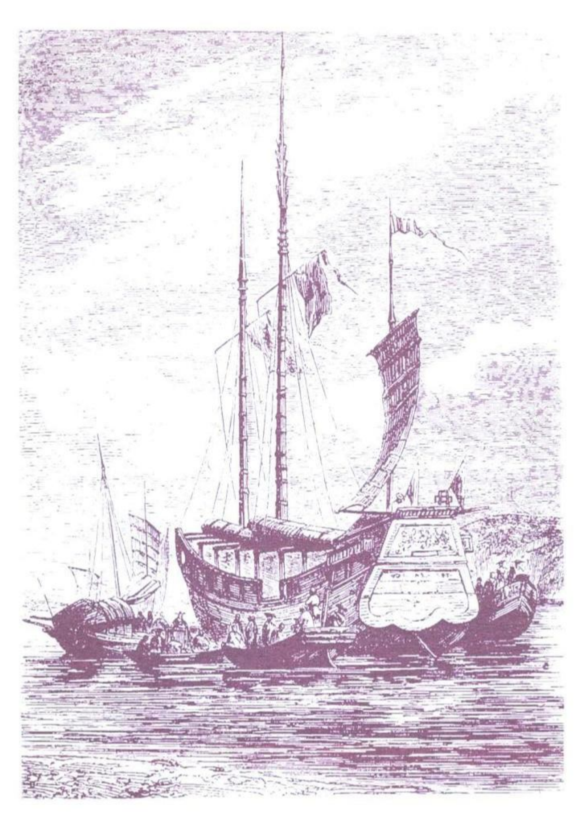
En todo el Imperio se plantarán moreras junto a los muros. Todas las mujeres criarán gusanos de seda, tejerán y confeccionarán prendas de vestir. En el Imperio, cada familia sin excepción poseerá cinco gallinas y dos cerdas. Durante la cosecha, el jefe de sección asesorará al jefe de equipo para la reserva de la cantidad de grano que sea necesaria para sus veinticinco familias y entregará el resto al granero público. La misma regla se aplicará también al trigo, a las judías, al cáñamo, a los tejidos, a la seda, a los pollos, a los perros, etc. Y también al dinero. Ya que sobre la tierra todo pertenece a la gran familia del Padre Celeste, Señor Supremo y Dios Augusto. Nadie en el Imperio podrá poseer una propiedad privada, ya que todo pertenece a Dios, de modo que sólo El puede disponer de todas las cosas. En la gran familia del cielo, todos los lugares son iguales y cada uno vive en la abundancia. Tal es el edicto del Padre Celeste, Señor Supremo y Dios Augusto, que ha dado muy especialmente al Verdadero Señor de los Taiping la orden de salvar al mundo. *(Cit. en J. Chesneaux y M. Bastid, «China, de las guerras del opio a la guerra franco-china».)*

William Gladstone denuncia la guerra del opio en el Parlamento británico (1840)

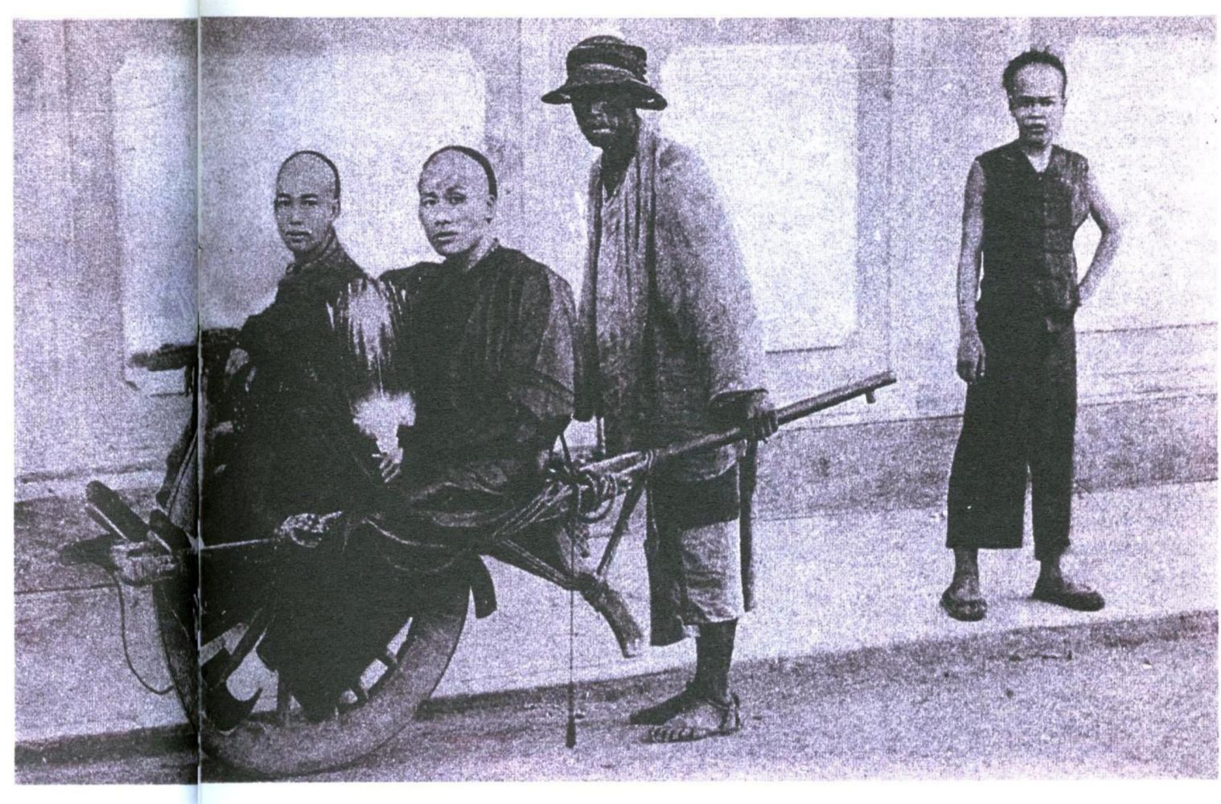
¿ACASO sabe (Macaulay, ministro de la Guerra) que todo el opio que se introduce de contrabando en China procede exclusivamente de los puertos británicos, es decir, que se produce en Bengala y llega a China a través de Bombay? ¿Sabe que no se requiere ningún servicio preventivo para terminar con este comercio ilegal? Lo único que tenemos que hacer es detener el tráfico de los veleros contrabandistas..., es un hecho incontestable que si detenemos las exportaciones de opio de Bengala y terminamos con los depósitos de Lintín, y vigilamos de cerca los cultivos de opio en Malwa y colocamos un estigma moral en esa droga, conseguiremos mermar sensiblemente el contrabando y tal vez acabar con él para siempre.

Os pidieron que abandonárais vuestro comercio ilícito, basado en el contrabando. Cuando se dieron cuenta de que no estábais dispuestos a hacer lo que se os pedía, actuaron con pleno derecho al intentar alejaros de sus costas a causa de vuestra obstinación en persistir con ese

Junco mercante chino del siglo XIX



Una escena habitual en la China del siglo XIX



tráfico atroz e infamante..., en mi opinión, la justicia está de su parte; y mientras ellos, los paganos, los bárbaros semicivilizados, tienen la justicia de su parte, nosotros, los cristianos cultos, ilustrados y civilizados, perseguimos objetivos que están francamente en pugna tanto con la justicia como con la religión... No conozco otra guerra, nunca he leído siquiera de ninguna guerra tan injusta en sus orígenes, una guerra calculada en su progresión para cubrir a este país con un manto de oprobio permanente. *(Cit. en J. Beeching, «La guerra del Opio».)*

El consumo de opio en Estados Unidos

EL tráfico de *coolies* era un escándalo a viva voz, pero, ¿qué se podía hacer? En las minas de oro de California, en las plantaciones azucareras del Caribe y, muy pronto, en la construcción de las líneas de ferrocarriles americanas, la demanda de mano de obra barata y productiva era insaciable (...).

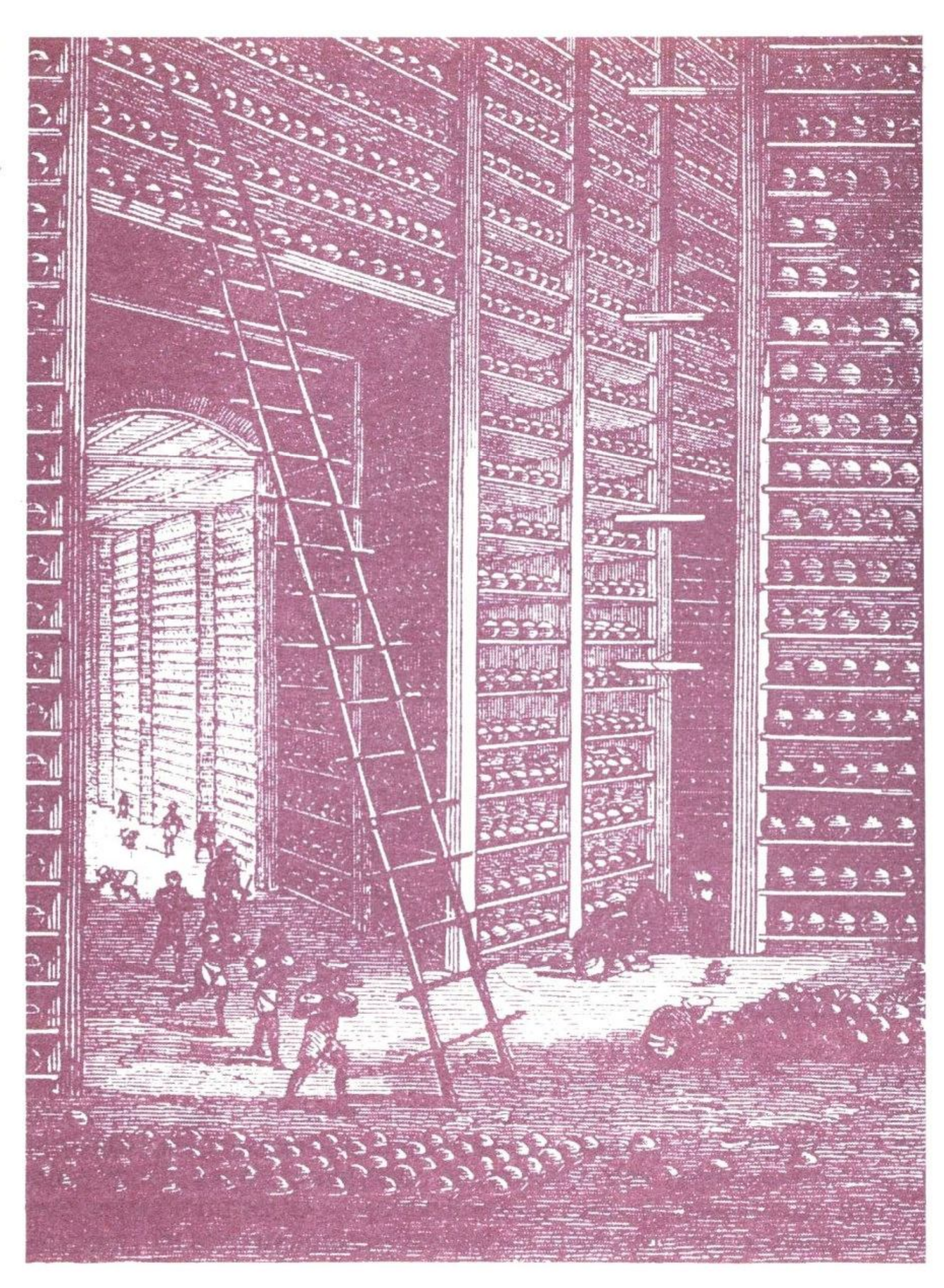
Inevitablemente, entre los chinos que llegaban a California había algunos que llevaban consigo el hábito del opio. La toxicomanía en Estados Unidos, a punto de convertirse en un problema, se inicia precisamente en los días del *comercio de cerdos,* aunque más tarde se vería incrementada gracias al uso masivo y temerario de los derivados del opio como remedios contra el dolor durante la Guerra de Secesión.

En 1846, un total de 117.000 chinos habían sido trasladados a Estados Unidos, en su mayoría como *coolies.* Se hallaban concentrados en la costa occidental y se estima que consumían la mitad del total de las importaciones anuales de opio realizadas por Estados Unidos por motivos médicos y otros propósitos similares (un total que, en 1846, alcanzó las 228.742 libras de opio en bruto y las 53.189 libras de opio elaborado). Pero el pináculo del comercio de *coolies* y, por tanto, de las importanciones de opio, estaba todavía por llegar. Y en California el consumo del opio se extendería, en corto plazo, de los chinos a sus vecinos americanos. Aunque nunca llegaron a ser los principales contrabandistas de opio en China, los mercaderes americanos sin duda habían obtenido saneados beneficios del contrabando de opio en aquel país, y ahora la toxicomanía venía a golpear en sus propias puertas. Se estima que, en 1875, había 120.000 americanos toxicómanos. *(J. Beeching, «La guerra del Opio».)*

Los europeos en Shanghai, según un funcionario chino (1854)

LOS bárbaros son gente arrogante e intratable, y desde la apertura de los cinco puertos al comercio han venido vanagloriándose insensatamente... Desde su llegada a Shanghai el ánimo popular se ha mostrado pacífico y el pueblo no ha sido hostil. Los citados bárbaros están muy contentos con la situación y han tratado constantemente de captarse el favor de la masa. Su propósito es sumamente sospechoso. Wu Jienjiang está muy versado en la psicología de los bárbaros y los comprende perfectamente. Los americanos y los jefes bárbaros también han hablado repetidamente de esto. Por eso Wu Jienjiang se ha aliado secretamente con los jefes bárbaros franceses y americanos para debilitar el poder de los ingleses... Es de notar que el comercio en Shanghai comenzó con los bárbaros ingleses. Estos son los más grandes y les siguen los americanos. Los bárbaros franceses conside-

Almacén de una factoría de opio en Patna (grabado de 1882)



ran más importante la religión y no están interesados en las ganancias. *(Memorial del gobernador de Jiangsu al emperador. Cit. en E. Swisher, «China's Management of the American Barbarians».)*

La épica Taiping

EMPUÑAR la espada de tres chi, conquistar montañas y ríos imponentes;
En los cuatro mares, por doquier el hogar; brindemos por la felicidad y la alegría comunes.
Capturaremos todos los monstruos y demonios y los arrojaremos al Infierno;
Apresados en los cepos del Cielo, traidores y sanguijuelas serán eliminados.
Nuestra tierra, este, oeste, norte y sur, firmemente consolidada,
El sol, la luna y las estrellas, todos cantan a coro triunfal.
Los tigres rugen, los dragones gruñen; que destellen cielo y tierra.
Donde domina la paz, reinará la felicidad infinita.
(Poema de Hong Xiu-quan, líder del movimiento.)